FRAY MOCHO

Año VIII — Buenos Aires, 20 de mayo de 1919 — Núm. 369

El aniversario patrio y las teorías antisociales

Una vez más el pueblo argentino se prepara a celebrar el glorioso aniversario del 25 de mayo, fecha inicial de la nueva nacionalidad que en 1810, obedeciendo a un proceso de natural desarrollo, consagró en los hechos la voluntad de existir con independencia frente a las demás naciones de la tierra.

En estos 109 años de accidentada historia propia, el país, a través de todas las crisis y vicisitudes inherentes a su desarrollo, ha permanecido siempre fiel al programa democrático de los autores de la revolución. Los argentinos todos podremos siempre enorgullecernos de la tradición que nos ha dado origen, como podemos mostrarnos satisfechos de la manera con que la colectividad rindió hasta ahora ferviente culto a sus sagradas enseñanzas.

Es cierto que en la empresa idealista no siempre nos acompañaron los gobiernos. Alguna vez, sin hablar de la tiranía — terrible lección de la experiencia histórica,—las libertades se resintieron de trabas oficiales, en nombre de una política que a la postre debió desecharse, como contraria al último pensar y querer de la república; pues no podrá citarse un caso en que la voluntad del pueblo, ni siquiera la de una relativa mayoría de la opinión, haya acompañado jamás a esos mandatarios, o haya auspiciado con sus votos ideas restrictivas de la libertad ampliamente interpretada, tal como la consagra la constitución.

Por lo mismo, ha sido causa de grandes cavilaciones para el patriotismo cierto inquietante espíritu nuevo, que a favor de doctrinas muy explicables en pueblos vencidos o agobiados por la adversidad, ha querido también en nuestro país imponer sus puntos de vista, no por el camino legal del sufragio, abierto a todos los ciudadanos, sino por la coerción y la violencia.

Muchos factores han intervenido e intervienen en este estado de cosas. Desde luego, la carestía angustiosa de la vida, la suma cada vez más grande de dificultades en el camino económico, alcanzan a explicar en buena parte la perturbación de algunos núcleos populares; y, por ende, las exageraciones y excesos de sus protestas. Pero, de todos modos, desde que los llamados a mejorar de inmediato las situaciones particulares de los trabajadores, es decir, los capitalistas no se han negado a aumentar salarios y a acordar reformas justas, no había para qué insistir en la conquista de un más allá irrealizable, y, sobre todo, incompatible con el orden garantizado por la constitución.

Es evidente, por otra parte, que quienes así piensan y obran en nuestro país, quienes profesan ideas ácratas, contrarias al espíritu tradicional argentino, no constituyen más que una minoría sin caracterización real en los bandos de la oposición. Y si siempre los argentinos fuimos opuestos al régimen de las tiranías, más o menos disimuladas, aunque la ejercieran espíritus cultos y tolerantes, ¿cómo habríamos de admitirla tratándose de la masa, mil veces peor, mil veces más cruel, como lo demuestra, sin excepciones, la historia de los movimientos congéneres?

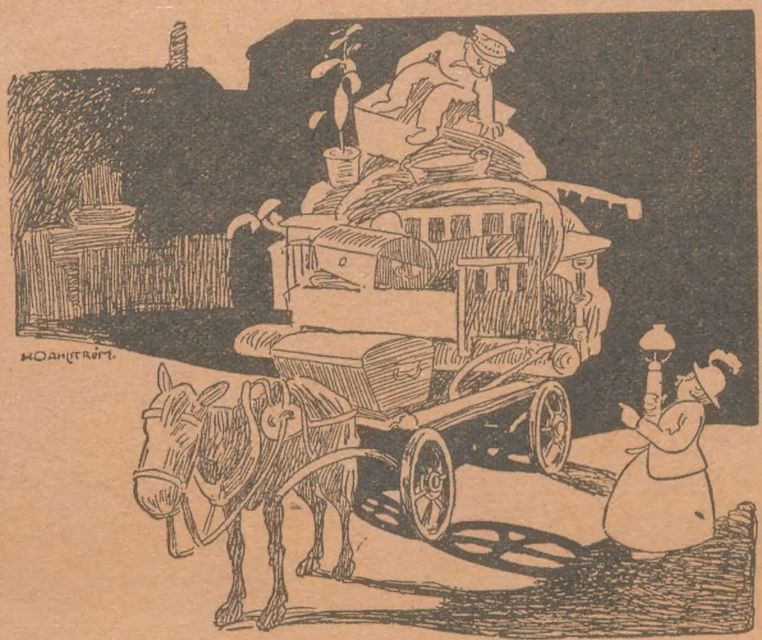
Afortunadamente, para el desenvolvimiento normal de la república, no asistimos a una transformación de la psicología nacional, ni estamos en presencia de un fenómeno decisivo. Ha bastado la constitución de una liga patriótica, la protesta del comercio, y algunas medidas policiales para que el movimiento, accidentalmente estimulado por la pasividad del gobierno, quedara reducido a sus justos límites.

Sea como fuere, si la celebración del 25 de mayo, fecha memorable de libertad para todos, debe efectuarse este año, como los futuros, en perfecta armonía de la familia argentina; ello no ha de conseguirse únicamente con la observancia material de las ceremonias cívicas y de los derroches oratorios. El ejemplo bueno ha de cundir de arriba, y quienes están abajo deben hallarse preparados para imitarlos. Por desgracia, acabamos de comprobar en los últimos cierta perturbación inquietante, por más que sólo afecte a una minoría. Y en cuanto a los otros, a los verdaderamente responsables por su papel tutelar, ¿qué decir, en presencia de las nuevas intervenciones violatorias de la constitución y de los conflictos crecientes entre el ejecutivo y el senado?

Ciertamente, el pueblo de mayo, a estas alturas del patrio aniversario, merecía cuando menos poseer un gobierno estrictamente respetuoso de la constitución, y unos componentes del todo decididos a respetarla y cumplirla...

ESPECTADOR.

LO DE SIEMPRE EN LAS MUDANZAS



Ya está todo, carrero. Sólo falta el piano.

EL PERMISO DE AYER

Todos hemos notado el cambio que sufriste
desde hace varios meses, cuando una tardecita,
al salir de la fábrica, ruborosa, dijiste
que habías concedido, por fin, tu primer cita.

Transcurrieron los días, y aunque tú no quisiste
decir cómo marchaba aquello, tu carita
nos descubrió bien pronto que la cita que diste
no había sido en vano. ¿Es verdad, Mariquita?

Después, como sucede siempre con estas cosas,
poco a poco callaron los murmullos, se fueron
apagando las risas a tu costa. Y ayer,

¡si supieras, Maruja, cuántas frases odiosas
lanzaron tus amigas, cuando, al entrar, supieron
que pediste permiso para no ir al taller!

Enrique OSÉS.

Práctica nociva

Uno de los más serios inconvenientes acarreados por la estricta observancia de la ley de descanso dominical, cuando ella es aplicada a ciertos órdenes de trabajo, es el que deriva de la total paralización que sufren, en los días domingo, las faenas de los mataderos públicos que abastecen de carnes a la capital de la República.

En el deseo de hallar una solución al problema, hase pretendido armonizar los preceptos legales con las necesidades de la población, llevando a la práctica un recurso tan ineficaz como descabellado, o sea el que representa la inconsulta disposición de que el sábado por la mañana se sacrifiquen los animales cuya carne ha de consumir el público durante el domingo y lunes siguientes. Esta medida entraña un grave riesgo para la salud pública, puesto que se obliga a los habitantes de la ciudad a ingerir carne de animales que han sido sacrificados dos días antes; y si, como ha ocurrido la semana anterior, la elevación de la temperatura coadyuva con su acción, el peligro se torna más amenazador porque la putrefacción del artículo se inicia con mayor rapidez.

Bastaría esta sola consideración para comprender que no debe subsistir semejante sistema; pero si se necesitase más argumentación para abolirle puede agregarse el perjuicio que los carniceros sufrirán en sus intereses cuando, en la mayor parte de los casos, el cliente rechace una carne inadmisible; aparte de que la permisión de su venta se hallaría en pleno desacuerdo con las ordenanzas municipales y con los más elementales dictados de la higiene pública.

El espíritu que preside la ley del descanso dominical es el de establecer, con toda justicia, un día de asueto hebdomadario entre la clase trabajadora, pero ello no implica que hayan de quedar desatendidas las más perentorias necesidades públicas.

Con la inteligente implantación de un sistema turnante, en los servicios más urgentes, creemos sería fácil conseguir que éstos marchasen sin interrupción, y que el obrero disfrutase semanalmente del día de descanso que con todo derecho le corresponde.

Pero si, en contra de nuestro parecer, el problema no fuese de fácil solución y se necesitase, para conseguir tal propósito, recurrir a la sabiduría de los doctos varones de la antigua Grecia, vale más para todos favorecer los principios vegetarianos y decretar de lleno la vigilia dominical, por imposición de las circunstancias.

SALTEÑAS

El gaucho

Quince leguas adentro del Rosario de la Frontera, en viaje a las Mercedes, hicimos alto para almorzar en un puesto que estaba en una falda, en pleno monte, al otro lado de un arroyo que costeaba el camino. El dueño, un gaucho de tipo morisco, nos acogió con toda clase de atenciones. Además, como la subida a la casa presenta ciertas dificultades para unos compañeros míos que venían en araña, el gaucho le gritó a su hijo, luego de hacernos pasar a la cocina:

—¡A ver, muchacho! Mostrales el camino a esos señores. ¡Y te has de sacar el sombrero!

Y mientras de pie, en el patio completamente barrido, comíamos un asado a la caucana, gozábamos del sabroso y chispeante decir de nuestro huésped. Burlábase él de la porfía de las gallinas que picoteaban las migas de pan en medio de nuestras piernas; reíase de los perros flacos y "garrapatientos", que lamían ávidamente el sebo de los guardamontes recién sobados y amenazaban quitarnos la comida de las manos.

—¡A ver, muchacho!—gritó el gaucho.—¡Agarrá, pues, esa lonja, pegales una "variada" a los perros!

Enarboló el muchacho la lonja, volaron cacareando las gallinas al algarrobo y al techo del rancho, apartáronse reacios los perros hasta el guardapatio, y el gaucho reanudó su pintoresca charla, sentándose en una robusta silla de "tientos" (tiras de cuero crudo), bajo el aro donde charlaba sin cesar el loro, excitado por el repentino bullicio de la casa.

Por el patio se arrastraba un chico inválido, tullido.

—¿Que tiene este muchacho?—pregunté.

—Si así no más ha "quedao", con media res "caída", desde un empacho.

Bajo la ramada que cubría la única puerta del rancho, envuelta en un negro rebozo, acurrucada en su catre de tientos, la abuela padecía una jaqueca implacable. Nosotros le dimos unos sellos de aspirina y al rato mejoró.

Al tiempo de irnos hubimos de discutir para que el gaucho nos aceptase paga por el caldo y el breve hospedaje. Se mostró agradecido por algunas pequeñas provisiones que le dejamos. Dijo que él no podía correspondernos de otro modo que no cobrando.

Esta generosidad del fronterizo contrasta con la tacañería de los indios de la quebrada del Toro y de los valles calchaquíes, acaso porque las exigencias de la vida agrícola y precaria de las montañas aguzan en el incásico un sentido de la economía, que el gaucho, exclusivamente pastor, mejor favorecido por el clima, no posee.

Cruz Guíez

Estancia del Rey, en Anta; mayo de 1912.

Yo deseaba conocer a ño Cruz Guíez, puestero del Campo Azul. Ayer tarde hemos ido a visitarlo a su rancho. En el patio hemos hallado al hombre, montado en un trozo de árbol, cosiéndole las mangas a su coleto. Muy cortésmente nos ha recibido; nos ha invitado a echar pie a tierra. Después ha soportado con cachaza las bromas de un amigo mío, empeñado en estimular el ingenio del gaucho.

—¿Dicen que usted ha cazado tigres por estos lugares?

—Velay, en ese algarrobo están colgadas las cabezas,—contestó Cruz, mostrándonos un montón de calaveras en que lucían magníficos colmillos.

—No creo que haya tigres por acá,—observó mi amigo.—Estas cabezas deben ser del gato de monte. Los fronterizos tienen fama de contar buenos cuentos...

Pero el gaucho, respetuoso e impasible a la vez, con el absoluto dominio de sí propio y la confianza en el propio valer que infunde la vida libre, sonreía dulcemente al percatarse de la intención de las bromas, y no respondía más que a las preguntas en que podría instruir a los amigos del patrón,—hombres puebleros,—sobre las cosas del campo. Nos ha mostrado la piel del último tigre, oreada, recién sacada de las estacas. Medía más de metro y medio del hocico a la base de la cola. Después nos ha explicado ciertos detalles de una cacería.

Un día que salió a campear al cerro, había encontrado los restos de un ternero, mal tapados con tierra y palos por el tigre, que acostumbra esconder la presa. Y algunos días después, Cruz había caído en la huella del "bicho", junto con dos puesteros vecinos suyos. Llevaban entre los tres como cuarenta perros, "livianitos" y "con la guata floja". Aquí no se concibe un puestero sin perros. Cualquiera posee diez o doce, brutos la mayor parte, flacos, hambrientos, feos, pero insuperables en los trabajos del pastoreo.

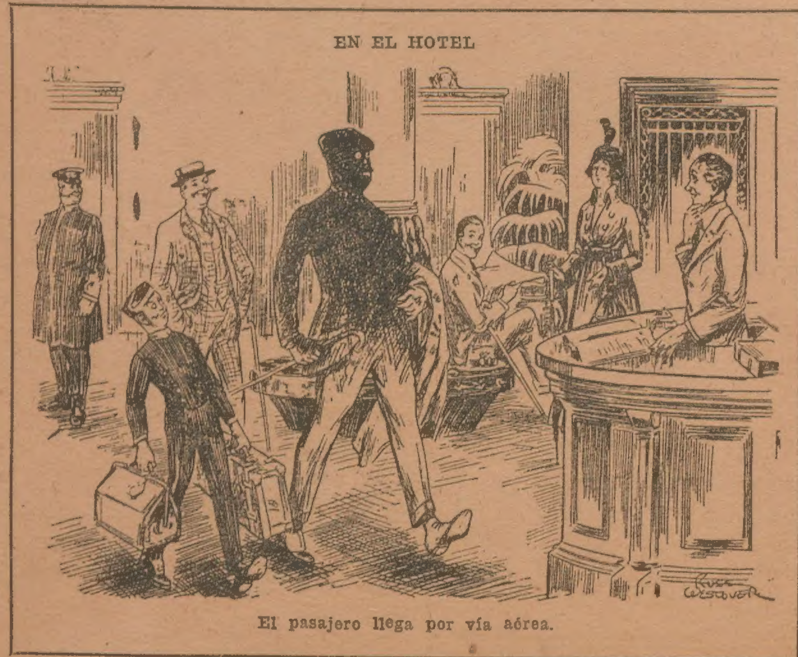
Y a fuerza de rastrearlo al tigre por montes y breñales, al fin lo hallaron los perros, y cuando estuvo empacado de espaldas a un cedro enorme, ño Cruz Guíez le metió en la cabeza un bala de su "garabina"; una bala, de las dos que consigo llevara; y como el bicho no muriese todavía, hubo de ensartarle el otro plomo en el corazón.

—Esta es la calavera de ese;—decía ño Cruz, mostrándonos el cráneo fresco aún.—Yo le apunté al codillo, pero le pegué en la quijada, aquí. Entonces le tuve que hacer el otro tiro. Pegó un bramido fiero y se tumbó "antarca", despaletándome un perrito de un manotazo. Varios perros quedaron, por confianzudos, con las tripas al aire; y otros andan por "áhi", lastimados, con la gusanera. A ocasiones el tigre desloma un caschi de un zarpazo. Por esto se deja ver que es animal de mucha potencia. Cuando uno el apunta, lo mira frente a frente, y a la vez de errarle el tiro, no sé pues lo que le espera al cazador. Cuando brama enfurecido, en la pelotera, acosado por los perros, más baquianos, los cuzcos chicos se sueltan llorando con el rabo entre las piernas y los caballos tiritan, como si estuviesen con la tembladera.

Pero el gaucho no hace alarde de su arrojo. Narra, simplemente, su caso y os invita para que le acompañéis en la próxima batida. No sabe lo que es el miedo. Sus músculos, fuertes como el guayacán, nunca tiemblan ante el "bicho", señor de la selva, salteador del ganado; y con la misma tranquilidad con que sonriendo recoge a brazadas el lazo, dispara la única bala de su carabina sobre la temible fiera.

Cruz Guíez es el prototipo del gaucho fronterizo. Alto, de contextura atlética, ingenuo rostro, negros y apacibles ojos, de movimientos fáciles como el gato del monte, y de ánimo alegre, como el cantar jubiloso de las chuñas que en la linde del bosque salvaje saludan el alba.

Juan Carlos DAVALOS.



El pasajero llega por vía aérea.

Islas para misántropos

Según las indicaciones del Almirantazgo británico, gran conocedor de todo lo que se relaciona con la geografía marítima, las islas más solitarias y desoladas del mundo se encuentrn en el hemisferio austral, próximas al círculo polar antártico. Un misántropo que quisiera huir de las molestas prácticas sociales, podría escoger para establecerse las islas de Heard o de Hog, donde no habita nadie absolutamente, y donde sólo de vez en cuando aparece alguno que otro barco ballenero de los que cruzan aquellas latitudes. También le prestarían buen servicio: la isla de South Georgia, situada fuera de toda ruta comercial, y, por tanto, ofreciendo grandes garantías de soledad inalterada; la isla de Bouvet, donde por rara casualidad toca un barco, y en la que la última vez que allí abordó un vapor, descubrió los cadáveres congelados de cinco marineros, triste resto de alguna obscura tragedia marítima; y, por último, la isla de la Posesión, más sola y más inhospitalaria que la de Bouvet.

La palma de la soledad y de la desolación debe ser, sin embargo, concedida a la isla Dougherty, al Sur del Océano Pacífico, y en la que no se tiene noticia de que hasta la fecha haya desembarcado nadie. Durante el pasado siglo sólo se ha sabido de dos barcos que hayan pasado a la vista de la misma.

ACROBACIA SENTIMENTAL



—¿Es un as?
—No; es sencillamente un tipo que tiene contrariedades amorosas.

CONOCIDOS

Era un hombre que se hacía el vivo y deseaba demostrarlo al amigo que estaba de visita. En eso llegó a la puerta un vagabundo que pedía limosna.

—Ya verás como lo pesco en una mentira—dijo el hombre vivo a su amigo, e incitó al vagabundo a que repitiera el acostumbrado cuento lastimero: recién salido del hospital, tres días sin comer, etc.

—Todo eso está bien—dijo el hombre vivo al infeliz cuando éste terminó de hablar—pero hace una semana usted me dijo exactamente la misma cosa.

—Puede ser—contestó el otro,—pero no recuerdo su cara. Hace una semana yo estaba en la cárcel.

NO HABIA MOTIVO DE ALARMA

Los socios de una conocida empresa de esta capital se habían reunido para cenar en un hotel. Durante el banquete uno de ellos manifestó una viva inquietud, tan evidente que sus compañeros le preguntaron qué le pasaba.

—Acabo de acordarme de que no cerré la caja de hierro del escritorio.

—¡Bah!, no importa — dijo tranquilizándolo otro de los socios:—todos estamos aquí...

EN EL RESTAURANT

—¿Usted es el gerente de la casa? Hace dos años cené aquí, y como no pude pagar usted me dió un puntapié...

—¡Cuánto siento, señor! Pero usted comprende: el negocio es una cosa...

—Está bien, amigo, está bien... pero... ¿no podría molestarse otra vez?

OTRO MOTIVO DE HUELGA

—¡No trabajo ni un día más con esa actriz! —declaró el primer actor de una empresa cinematográfica.

—¿Por qué causa?

—No me gusta el sabor del colorete que se pone en los labios.

RESUELTO EL PROBLEMA

Poco después de firmado el armisticio dos soldados comentaban la posibilidad de recuperar sus empleos anteriores a la guerra.

—Sin duda cuando vuelvas — decía uno de ellos—te presentas al escritorio y te encuentras con que tu empleo lo tiene una muchacha. Es triste quitarle el puesto, pero también es triste que uno no pueda ganarse la vida.

—Todo se arregla—dijo el otro:—me caso con la muchacha y le dejo que siga en el empleo.

PROFILAXIA A DISTANCIA

El niño dijo a la maestra que su hermanita tenía viruelas.

—Vete en seguida a tu casa—le dijo la maestra—y no vuelvas a la escuela hasta que tu hermana esté completamente sana.

El chico salió del salón de clase con un apresuramiento extraordinario.

Un rato después otro alumno se atrevió a informar:

—Señorita: la hermanita de ese niño está en Montevideo.

GRAVE PERSPECTIVA

—¿Todavía te veo preocupado con tu dactilógrafa? ¿No me dijiste que tenías una muy buena?

—Eso es precisamente lo que me preocupa: si no me caso con ella se me va a ir, y si me caso con ella pierdo la dactilógrafa.

CUARTELERA



—Después que haya concluido de fregar los tachos puede descansar dos horas.
—Bueno; haré una siesta.
—No; quiero decirle que puede sentarse durante dos horas para pelar papas.

HISTORIA DE MIS LIBROS

Prosas profanas

Sería inútil tarea intentar un análisis exegético de mi libro *Prosas profanas*, después del estudio tan completo del gran José Enrique Rodó en su magistral y célebre opúsculo, reproducido a manera de prólogo en la edición parisiense de la Viuda de C. Bouret, y en la cual no apareció la firma del ilustre uruguayo por un descuido de los editores. Mas sí podré expresar mi sentimiento personal, tratar de mis procedimientos y de la génesis de los poemas en esta obra contenidos. Ellos corresponden al período de ardua lucha intelectual que hube de sostener, en unión de mis compañeros y seguidores, en Buenos Aires, en defensa de las ideas nuevas, de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien, de la aristocracia literaria. En unas palabras de introducción concentraba yo el alcance de mis propósitos.

Ya había aparecido *Azul...* en Chile; ya habían aparecido *Los Raros* en la capital argentina. Estaba de moda entonces la publicación de manifiestos, en la brega simbolista de Francia, y muchos jóvenes amigos me pedían hiciese en Buenos Aires lo que, en París, Moreas y tantos otros. Opiné que no estábamos en idéntico medio, y que tal manifiesto no sería ni fructuoso ni oportuno. La atmósfera y la cultura de la secular Lutetia no era la misma de nuestro Estado continental. Si en Francia abundaba el tipo de Remy de Gourmont, "Celui-qui-ne-comprend-pas" ¿cómo no sería entre nosotros? Él pululaba en nuestra clase dirigente, en nuestra general burguesía, en las letras, en la vida social. No contaba, pues, sino con una "élite", y sobre todo con el entusiasmo de la juventud, deseosa de una reforma, de un cambio de su manera de concebir y de cultivar la belleza.

Aun entre algunos que se habían apartado de las antiguas maneras, no se comprendía el valor del estudio y de la aplicación constante, y se creía que con el solo esfuerzo del talento podría llevarse a cabo la labor emprendida. Se proclamaba una estética individual, la expresión del concepto; mas también era preciso la base del conocimiento del arte a que uno se consagraba, una indispensable erudición y el necesario don del buen gusto. Me adelanté a prevenir el prejuicio de toda imitación, y, apartando sobre todo a los jóvenes catecúmenos de seguir mis huellas, recordé un sabio consejo de Wagner a una ferviente discípula suya, que fué al mismo tiempo una de las amadas de Catulle Mendès.

Asqueado y espantado de la vida social y política en que mantuviera a mi país original un lamentable estado de civilización embrionaria, no mejor en tierras vecinas, fué para mí un magnífico refugio la República Argentina, en cuya capital, aunque llena de tráfagos comerciales, había una tradición intelectual y un medio más favorable al desenvolvimiento de mis facultades estéticas. Y si la carencia de una forma básica me obligaba a trabajar periodísticamente, podía dedicar mis vagares al ejercicio del puro arte y de la creación mental. Mas abominando la democracia, funesta a los poetas, así sean sus adoradores como Walt Whitman, tendí hacia el pasado, a las antiguas mitologías y a las espléndidas historias, incurriendo en la censura de los miopes. Pues no se tenía en toda la América española como fin y objeto poéticos más que la celebración de las glorias criollas, los hechos de la independencia y la naturaleza americana: un eterno canto a Junín, una inacabable oda a la Agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas. No negaba yo que hubiese un gran tesoro de poesía en nuestra época prehistórica, en la conquista y aun en la colonia; mas con nuestro estado social y político posterior llegó la chatura intelectual y periodos históricos más a propósito para el folletín sangriento que para el noble canto. Y agregaba, sin embargo: "Buenos Aires: cosmópolis. ¡Y mañana!" La comprobación de este augurio quedó afirmada con mi reciente *Canto a la Argentina*.

En cuanto a la cuestión ideológica y verbal, proclamé ante glorias españolas más sonoras, la del gran D. Francisco de Quevedo, de Santa Teresa, de Gracián, opinión que más tarde aprobarían y sostendrían en la Península egregios ingenios. Una frase hay que exigiría comento: "Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida es de París." En el fondo de mi espíritu, a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inarrancable filón de la raza mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; más de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría que tomar lo que atribuyese a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas. Tal di a entender. Con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo. Luego expuse el principio de la música interior: "Como cada palabra tiene un alma, hay, en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces." Luego profesé el desdén de la crítica de gallina ciega, de la gritería de los ocas, y aticé el fuego de estímulo para el trabajo, para la creación. "Bufe el eunuco: cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta." Frase que he leído citada en una producción reciente de un joven español, ¡como de Théophile Gautier...!

En *Era un aire suave...*, que es un aire suave, sigo el precepto del Arte Poética de Verlaine: "De la musique avant toute chose." El paisaje, los personajes, el tono; se presentan en ambiente siglo dieciochesco. Escribí como escuchando los violines del rey. Poseyeron mi sensibilidad Rameau y Lulli. Pero el abate joven de los madrigales y el vizconde rubio de los desafíos, ante Eulalia que ríe, mantienen la secular felinidad femenina contra el viril rendido; Eva, Judith u Ofelia, peores que todas las "sufragettes". En *Divagación* diríase un curso de geografía erótica; la invitación al amor bajo todos los soles, la pasión de todos los colores y de todos los tiempos. Allí flexibilicé hasta donde pude el endecasílabo. La *Sonatina* es la más rítmica y musical de todas estas composiciones, y la que más boga ha logrado en España y América. Es que contiene el sueño cordial de toda adolescente, de toda mujer que aguarda el instante amoroso. Es el deseo íntimo, la melancolía ansiosa, y es, por fin, la esperanza. En *Blasón* celebro el cisne, pues esos versos fueron escritos en el álbum de una marquesa de Francia propicia a los poetas. En *Del Campo* me amparaba la sombra de Banville, en un tema y en una atmósfera criollos. En la alabanza *A los ojos negros de Julia* madrigalicé caprichosamente. La *Canción de Carnaval* es también a lo Banville, una oda funambulesca, de sabor argentino, bonaerense. Dos galanterías siguen para una dama cubana. Fueron escritas en presencia de mi malogrado amigo Julián del Casal, en la Habana, hace más de veinte años, e inspiradas por una bella dama, María Cay, hoy viuda del general Lachambre. *Bouquet* es otro madrigal de capricho. *El faisán*, en tercetos monorrimos, es un producto parisiense, ideado en París, escrito en París, trascendente de parisina. *Garçonnière* dice horas artísticas y fraternas de Buenos Aires. *El país del sol*, formulado a la manera de los "lieds de France", de Catulle Mendès, y como un eco de Gaspard de la Nuit, concreta la nostalgia de una niña de las islas del trópico, animada de arte, en el medio frígido y duro de Manhatan, en la imperial Nueva York. *Margarita*—que ha tenido la explicable suerte de estar en tantas memorias—es un melancólico recuerdo pasional vivido, aunque en la verdadera historia, la amada sensual no fué alejada por la muerte, sino por la separación. *Mía*, y *Dice mía*, son juegos para música, propios para el canto, "lieds" que necesitan modulación.

En *Heraldos* demuestro la teoría de la melodía interior. Puede decirse que en este poemita el verso no existe, bien que se imponga la notación ideal. El juego de las silabas, el sonido y color de las vocales, el nombre clamado, heráldicamente, evocan la figura, oriental, bíblica, legendaria, y el tributo y la correspondencia.

El *Coloquio de los Centauros* es otro "mito", que exalta las fuerzas naturales, el misterio de la vida universal, la ascensión perpetua de Psique, y luego plantea el arcano fatal y pavoroso de nuestra ineludible finalidad. Mas renovando un concepto pagano, Thanatos no se presenta como en la visión católica, armado de su guadaña, larva o esqueleto, de la medioeval reina de la peste y emperatriz de la guerra; antes bien surge bella, casi atrayente, sin rostro angustioso, sonriente, pura, casta y con el amor dormido a sus pies. Y, bajo un principio pánico, exalto la unidad del universo, en la ilusoria Isla de Oro, ante la vasta mar. Pues como dice el divino visionario Juan: "Hay tres cosas que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre; y estos tres no son más que "uno". (Ep. B. Joannis. Apost. V, 8.; Et tres sunt, qui testimonium dan in terra: spiritus, et agua, èt sanguis: et ic tres unum sunt).

En *El poeta pregunta por Stella*, el poeta rememora a un angélico ser desaparecido, a una hermana de las liliales mujeres de Poe, que ha ascendido al cielo cristiano. Luego leeréis un prólogo lírico, que se me antojó llamar "poético", escrito hace largos años en alabanza del muy buen poeta, del vibrante, sonoro y copioso Salvador Rueda, gloria y decoro de las Andalucías. Y como en ese tiempo visitase yo la que es llamada harto popularmente tierra de María Santísima, no dejé de pagar tributo, contagiado de la alegría de las castañuelas, panderos y guitarras a aquella encantada región solar. Y escribí, entre otras cosas, el *Elogio de la seguidilla*.

En Buenos Aires, e iniciado en los secretos wagnerianos por un músico y escritor belga, M. Charles del Gouffre, rimé el soneto de *El Cisne*—¡ave eternal!—que concluye:

> ¡Oh, Cisne! ¡Oh, sacro pájaro! Si antes la [blanca Helena
> del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,
> siendo de la hermosura la princesa inmortal,
>
> bajo tus blancas alas la nueva Poesía,
> concibe en una gloria de luz y de armonía
> la Helena eterna y pura que encarna el ideal,

La página blanca es como un sueño cuyas visiones simbolizaran las bregas, las angustias, las penalidades del existir, la fatalidad genial, las esperanzas y los desengaños y el irremisible epílogo de la sombra eterna, del desconocido más allá.

¡Ay, nada ha amargado más las horas de meditación de mi vida que la certeza tenebrosa del fin; y cuántas veces me he refugiado en algún paraíso artificial, poseído del horror fatídico de la muerte!

Año nuevo es una decoración sideral, animada, se diría, de un teológico aliento. La *Sinfonía en gris mayor* trae necesariamente el recuerdo del mágico Théo, del exquisito Gautier y su *Symphonie en blanc majeur*. La mía es anotada "d'après nature", bajo el sol de mi patria tropical. Yo he visto esas aguas en estagnación, las costas como candentes, los viejos lobos de mar que iban a cargar en goletas y bergantines maderas de tinte, y que partían a velas desplegadas, con rumbo a Europa. Bebedores taciturnos, o risueños cantaban en los crepúsculos a la popa de sus barcos, acompañándose con sus acordeones cantos de Normandía o de Bretaña, mientras exhalaban los bosques y los esteros cercanos rodeados de manglares, bocanadas cálidas y relentes palúdicos. En *Epitalamio bárbaro* se testifica en la lira el triunfo amoroso de un grande apolonida. El *Responso* a Verlaine prueba mi admiración y fervor cordial por el Pauvre Lelian, a quien conocí en París en días de su triste y entristecedora bohemia; y hago ver las dos faces de su alma pánica, la que da a la carne y la que da al espíritu; la que da a las leyes de la humana naturaleza y la que da a Dios y a los misterios católicos, paralelamente. En el *Canto de la sangre* hay una sucesión de correspondencias y equivalencias simbólicas, bajo el enigma del licor sagrado que mantiene la vitalidad en nuestro cuerpo moral. La siguiente parte del volumen, *Recreaciones arqueológicas* indica por su título el contenido. Son ecos y maneras de épocas pasadas, y una demostración, para los desconcertados y engañados contrarios, de que, para realizar la obra de reforma y de modernidad que emprendiera, he necesitado anteriores estudios de clásicos y primitivos. Así en *Friso* recurro al elegante verso libre, cuya última realización en España es la célebre *Epístola a Horacio*, de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Hay más arquitectura y escultura que música; más cincel que cuerda o flauta. Lo propio en *Palimsesto*, en donde el ritmo se acerca a la repercusión de los números latinos. En *El reino interior* se siente la influencia de la poesía inglesa, de Dante Gabriel Rosetti, y de algunos de los corifeos del simbolismo francés. (¡Por Dios! Si he querido en un verso hasta aludir al *Glosario* de Powell...) *Cosas del Cid* encierra una leyenda que narra en prosa Barbey d'Aurevilly y que, en verso, he continuado. *Decires, leyes y canciones* renuevan antiguas formas poémicas y estróficas; y así expreso amores nuevos con versos compuestos y arreglados a la manera de Johan de Duenyas, de Johan de Torres, de Valtierra, de Santa Fe, con inusitados y sugerentes escogimientos verbales y rítmicas combinaciones que dan un gracioso y eufónico resultado, y con el aditamiento de finidas y tornadas. Y, para concluir, en la serie de sonetos que tiene por título *Las ánforas de Epicuro*—con una *Marina* intercalada—hay una como exposición de ideas filosóficas; en *La espiga*, la concentración de un ideal religioso a través de la naturaleza; en *La fuente*, el autoconocimiento y la exaltación de la personalidad; en *Palabras de la Satiresa*, la conjunción de las exaltaciones pánica y apolínea—que ya Moréas, según lo hace saber un censor más

EN LA SEMILLERIA



—¿Qué clase de semillas quiere?
—Las que sirvan para indigestar a las gallinas del vecino.

TODAVIA HACEMOS LO MISMO



—No te muevas, pichicho; es para hacerte crecer.

que listo, había preconizado, ¡y tanto mejor!—; en *La anciana*, una alegórica afirmación de supervivencia; en *Ama tu ritmo...*, otra vez la exposición de la potencia íntima individual; en *A los poetas risueños*, un gozo amable, un ímpetu que lleva a la claridad alegre y reconfortante, con el exhultorio de los cantores de la dicha; en *La hoja de oro*, el arcano de tristezas autumnales; en *Marina*, una amarga y verdadera página de mi vivir; en *Syrinx* (pues el soneto que aparece en otras ediciones con el título *Dafne*, por equivocación, debe llevar el de *Syrinx*) paganizo al cantar la concreción espiritual de la metamorfosis; *La gitanilla* es una rimada anécdota. Loo después a un antiguo y sabroso citareda de España; lanzo un voz de aliento y de ánimo; indico mis sueños. Y tal es el libro, que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro Continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus. Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar.

Rubén DARÍO.

A BORDO DEL "PRINCIPESSA MAFALDA"



¡Todo un ex ministro de marina! ¡Pero hágame el favor, señor almirante del... lago del Parque Lezama!...

Dib. de Babuna

VOCES DEL SILENCIO

(AGUAFUERTE DEL ZOOLÓGICO)

Se acabó ya el áspero crujir del ripio bajo el pie breve de las muchachas; es que el cielo empieza a tachonarse de estrellas, los caminos quedan desiertos y los ruidos se van alejando hacia las afueras.

La penumbra invade lentamente las praderas del jardín; los bosquecitos sombríos y de grata permanencia en las horas diurnas, tienen ya la densa tiniebla nocturna; la franja alta de sus contornos empieza a agigantarse en el velo aun transparente del cielo agrisado del día que muere. Sus cimas se agitan con leve susurro; es la brisa nocturna que pasa; es el primer murmullo de la voz del silencio.

Lejano, lejano, más lejano aún por el viento contrario, se oye el grito de la locomotora que angustiosa pide vía libre. Llegan ahora cantando sus suaves silbidos los patitos retardados que van buscando la amiga laguna; en ella navegan callados y blancos, de un blanco casi fosforescente, los cisnes legendarios; en la otra orilla, un cuchicheo sumiso, como de voces que se apagan; son los últimos saludos, las buenas noches que se dan los flamencos antes de acostarse cómodamente sobre una sola pata. La atmósfera nocturna parece una caja armónica que recoge y acentúa los ruidos inadvertidos durante el día; ahora hasta se oye el paso suave de la liviana pezuña de las liebres patagónicas; van una tras otra, libres, a estacionarse toda la noche en el corralito que encierra a otras pobres cautivas. Seco y muy inmediato repercute en la amplia quietud la explosión de un pneumático de alguna marca altamente recomendada; bruscamente se trunca el silencio nocturno; los treinta pavos reales, invisibles entre las altas ramas copudas entonan estrídulos su grito de alarma: la voz bien entendida por todos los pensionistas del Zoo; los pesados rumiantes se incorporan; la tropilla de guanacos remolinea, se junta, y, con las orejas paradas, sondea las sombras. Y cuando ya uno que otro grito disperso de los pavones dicen que sus temores ya se tranquilizaron, retumba sonoro y profundo el rugido de los leones que poco a poco se acalla como un eco, en la gran paz del parque que rápido vuelve al silencio del aparente sueño interrumpido.

Son las 10 de la noche: es la hora en que los avestruces de Africa emiten su grave y sofocado suspiro.

Son ya las 11: alta la luna, corre locamente hacia blancos manchones de nubes. El negro estanque del hipopótamo humea claros vapores; el agua burbujea silenciosa; aparece ya el lomo del paquidermo; levanta el hocico y emite sus roncas notas interrumpidas, como para llamar a la hembra. Sofocado por el espesor de las gruesas paredes, se entreoye la grave contestación; son suspiros de esposa, son lamentos de madre que debe atender a su cría.

Vuelve a reinar el silencio; el silencio característico del campo, bordoneado por el infinito canto de los batracios y al que no se presta oído: es el silencio completo.

Media noche; la una: los gallos de alta raza no son descendientes del insolente acusador de Pedro el Apóstol: duermen como los cerdos su pesada digestión. Los tímidos ecos lejanísimos de la ciudad dormida, cuyos fulgores se divisan allá por el sur, se han apagado también. "Todo es silencio en torno". Es la hora en que hasta los enfermos empiezan a tranquilizarse. El lucero precursor del alba asoma titilante entre las almenas de los negros torreones de los osos. La ratoncita, el pequeñísimo ruiseñor argentino, canta sus notas sumisas anunciando el día; empieza ahora la interminable y ronca cantinela de amor de los ciervos en celo. El silencio nocturno se acaba; ya se acallaron las estrídulas notas de los batracios. Son casi las 4; los gallos de alta raza, retardatarios, emiten su grito de media noche; ya vuelven a lo lejos las locomotoras a pedir con grito angustioso vía libre. El día ha llegado hosco, turbio, grávido de vapores rojizos que pronto descargarán su triste velo de lluvia sobre el parque que vimos tan poético y cuyas palpitaciones de reposo nocturno oímos en una noche templada de primavera.

Clemente ONELLI.

El secreto de los embalsamamientos egipcios

Muchos investigadores se han devanado inútilmente los sesos tratando de aclarar el misterio que rodeaba a los embalsamamientos de los cadáveres de los egipcios. Y han trabajado en vano por descubrir ungüentos maravillosos que no existieron jamás, según lo demuestran los estudios verificados por Mr. Berthelot.

De los concienzudos experimentos que se han hecho, el secreto de los embalsamamientos se reducía a tener el cadáver setenta días en natrón y a inyectarle después... ¡el vulgar aceite de ricino!

La aclimatación

Como nuestro país tiene casi todos los climas en su vasto territorio, puede decirse que es apto para ser habitado por individuos de todas las razas del mundo. Sin embargo cada grupo étnico distinto que desee aclimarse y prosperar en nuestro país, debe elegir una zona cuya temperatura sea igual o aproximada a la de la región de donde procede. Será difícil para los colonos rusos o finlandeses, por ejemplo, resistir sin desmedro de su salud o de sus aptitudes físicas la permanencia en las regiones cálidas del norte del país. Pues la aclimatación está determinada por una ley principal: la diferencia entre el clima de origen y el nuevo debe ser la menor posible y los individuos que se trasladen a un nuevo país deben poseer ciertas aptitudes de raza favorables a la aclimatación.

Así es fácil aclimatarse cuando se pasa de una zona a otra de temperatura vecina: de un país frío a otro más frío y de una región templada a una cálida, y aun a una zona tropical a condición de que sea en alturas cuyas condiciones atmosféricas son gran parte del año semejantes a la zona de origen de los que pretenden aclimatarse.

Algunas razas, dice el higienista Arnould, parecen poseer aptitudes especiales para la aclimatación. A este respecto las razas española y china ocupan el primer lugar. Los españoles se establecieron en la América Central y en toda la América del Sur. Los chinos se encuentran en casi toda el Asia meridional y una parte de Oceanía. Los judíos viven también en las latitudes más diversas. Pero hay un punto de semejanza entre las tres razas. Los chinos proceden de un país situado mitad en la zona templada, mitad en la cálida y con partes montañosas donde el clima es más bien frío. Algo parecido ocurre con el español: éste, que ha recibido sangre árabe, se ha cruzado sin dificultad con el indígena americano y algo con el flamenco. Los israelitas, por su parte, están lejos de ser todos semitas; muchos son germanos o eslavos con muy poca sangre judía, propiamente dicha. Los judíos portugueses presentan un cruzamiento mayor.

Un medio para que una raza determinada consiga establecerse en un país, consiste en fusionarse con los indígenas, o, por lo menos, con otra raza más apta a aclimatarse en la región de que se trata. Por ejemplo, los franceses del norte se aclimatarían mejor en Argel cruzándose con familias provenzales, españolas, italianas y maltesas.

El chino no se cruza. Por otra parte, el chino y el judío son ante todo comerciantes y se los encuentra en los más distintos climas detrás de un mostrador y no trabajando en los campos donde es más difícil resistir a las influencias del clima.

Además, otras de las condiciones de la aclimatación en regiones cálidas es la sobriedad. Sobrios son el chino, el judío, el español y en general los europeos meridionales. En cambio los europeos de los países fríos comen copiosamente y beben con exceso toda clase de bebidas alcohólicas. Buchner afirmó hace tiempo "que el uso del alcohol en los trópicos es un obstáculo formal para la aclimatación."

EL BUEN HUMOR DE ANTAÑO



Una bromita pesada.

La luminosidad de los animales

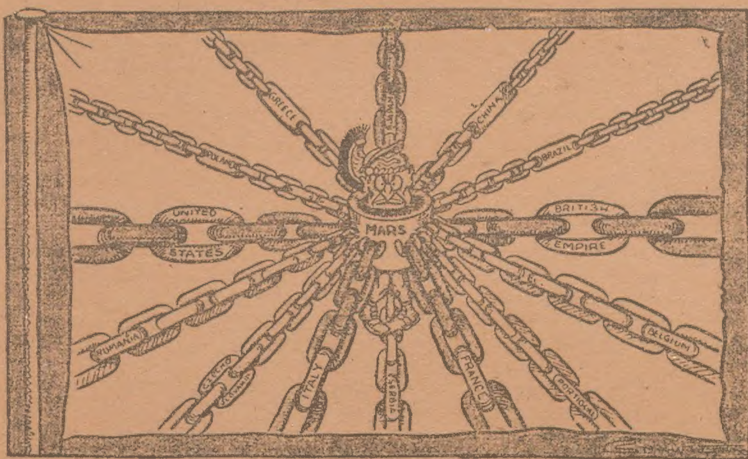
La brillante fosforescencia que despide la carne de los peces de mar un día o dos después de su muerte, es bien conocida; lo que no todo el mundo sabe, es que esta luminosidad no procede de la carne misma, sino de ciertas bacterias reunidas en su superficie, las cuales son muy comunes en el agua de mar. La carne de vaca ofrece algunas veces la misma apariencia luminosa, también a consecuencia de establecerse sobre ella estas bacterias.

Los microorganismos productores de la fosforescencia son enteramente inofensivos para el hombre, pues sólo soportan, temperaturas de 30 ó 32°, y por consiguiente, no pueden sobrevivir en el cuerpo humano; pero los animales de sangre fría pueden ser inoculados con bacterias luminosas.

El fisiólogo ruso Tarchanoff, inoculó algunas ranas con bacterias luminosas procedentes del Báltico; los microorganismos se propagaron por toda la sangre de la rana, y como consecuencia, el cuerpo del batracio quedó enteramente luminoso. La fosforescencia se notaba sobre todo en la lengua y otras partes blandas, y duró tres o cuatro días.

Se han observado varios casos análogos debidos a causas naturales. Un naturalista francés encontró un cangrejillo saltador de cierta especie muy abundante, el cual, en vez de saltar, se arrastraba penosamente despidiendo al mismo tiempo una luz extraña. Examinado de cerca el pequeño crustáceo, resultó estar cubierto de bacterias luminosas. Se inoculó con ellas a unos cuantos cangrejos de la misma especie, y todos ellos resultaron igualmente luminosos, perdiendo al mismo tiempo sus fuerzas y muriendo poco después; la fosforescencia duraba en todos unas cuantas horas después de la muerte.

MARTE ENCADENADO



Proyecto de bandera para la Liga de las Naciones.

(De "Daily Express", de Londres).

PUCHITOS

El más delicado y valioso de los perfumes que se fabrica actualmente es el "attar" de rosas. Para obtener una libra de ese perfume se necesita cerca de veinte mil libras de pétalos de rosas.

El cuero de las ratas puede ser curtido y utilizado para diversos usos industriales: calzado, guantes y hasta sacos, cosiendo varias para formar una sola pieza. En los Estados Unidos se está haciendo propaganda para la explotación industrial de las ratas. "Hay en nuestro país—dice un periódico norteamericano—cerca de cien millones de ratas. Nadie las necesita. Los perjuicios que causan en artículos alimenticios solamente son tan elevados, que la materia destruida bastaría para alimentar a un ejército numeroso. Una curtiembre de regular importancia puede trabajar cinco mil cueros de rata por día.

El frío aumenta el número de las enfermedades y el calor lo disminuye, o mejor dicho, a una temperatura fría y prolongada sucede una elevada morbilidad, mientras que a una temperatura cálida y prolongada, sucede una morbilidad baja. Este fenómeno ha sido observado científicamente en Berlín, Estrasburgo, Ginebra y Glasgow, ciudades donde siempre ocurre mayor número de defunciones durante los grandes fríos o inmediatamente después de ellos. Las estadísticas de la mortalidad revelan que el invierno ejerce una influencia funesta para los individuos ancianos, débiles y valetudinarios. Esta ley tiene una excepción en lo que respecta a la infancia: el frío es el gran enemigo de los ancianos, y el calor el de los niños de pecho, pues en la temporada estival sucumben muchos niños a consecuencia de la diarrea infantil.

El problema de la vivienda higiénica que ahora tanto preocupa en Buenos Aires, es de la mayor importancia, pues se ha demostrado repetidamente que existe una relación entre el número de defunciones y el de las personas que viven en una habitación en condiciones, por supuesto, tanto más antihigiénicas cuanto mayor es el número de los individuos que ocupan un cuarto. Una de las primeras investigaciones de esta índole fué la que se hizo en Leipzig en 1875. Se comprobó que de cada cien personas de la población el número anual de defunciones era de 1,1 entre los que disponían de una habitación por persona, de 2 entre los que vivían dos en una habitación, y de 3,4 cuando el número de los habitantes por cuarto pasaba de tres, lo que es el caso frecuente entre las familias obreras.

El suelo es un excelente filtro. Lo demuestra la limpidez de las aguas de la primera napa, que, como se sabe, procede de las aguas superficiales que descienden lentamente. Aguas sucias y cargadas de microbios de enfermedades contagiosas se convierten en absolutamente puras después de haber atravesado seis o siete metros de terreno, siempre que éste no sea demasiado permeable. En cambio, son peligrosas y contaminantes las aguas y la tierra misma situadas cerca de la superficie. Hasta el agua que contiene el estiércol se vuelve, a los pocos metros del trayecto subterráneo, tan límpida como el agua filtrada.

Los mosquitos no son, como se cree, los únicos agentes de la transmisión del paludismo. Los gérmenes temibles existen en el suelo y pueden llegar al hombre por otros medios. Hay casos en que la simple remoción con el arado de la superficie de un terreno ha provocado una epidemia. Los terrenos húmedos son favorables a la existencia del microbio del paludismo. Pero la insalubridad de esos terrenos se puede corregir plantando especies vegetales cuyas raíces absorben mucha humedad: tales son el eucaliptus, sobre todo el de la variedad llamada "rostrata", que con ese objeto se planta en Italia; el girasol, que causa mucha evaporación, y en segundo lugar, el pino.

En una casa de dimensiones comunes y construída con los materiales generalmente usados, el calor que penetra al interior de las habitaciones es la quinta parte del que reciben exteriormente las paredes. La parte que éstas absorben sirve para secarlas. Cuanto más seco está un muro de albañilería, menos calor absorbe y deja pasar más al interior de los locales. Por eso las casas viejas, pero secas, son mejores para habitar en invierno que las de construcción reciente.

En general, el empapelado de las habitaciones nunca es tan higiénico como la pintura. Además de los inconvenientes comunes a los papeles, hay uno particular del de color verde. A menudo este último color se prepara con sales arsenicales, y el papel pintado con él suele emitir polvos tóxicos y hasta gases peligrosos debidos a la descomposición de las sales arsenicales bajo la influencia del enmohecimiento del engrudo, sobre todo en el caso de las paredes húmedas.

La palabra "húsar" procede del húngaro, y significa, literalmente traducida, "libre saqueador" o "lanza libre", con cuyo nombre se distinguía a los individuos que formaban en filas sin percibir soldada, y sólo con derecho a una parte del botín.

Esta gente, resistente, activa y fuerte, que solía dedicarse a la caza y doma de caballos salvajes, entró en el servicio militar por disposición del rey niño Corvino en 1442, y llegó a constituir el mejor cuerpo de caballería ligera del mundo.

Se ha supuesto que el nombre se formó de los magyares "hurst" (veinte) y "ar" (pago), porque de cada veinte familias se sacaba un soldado para servir en caballería; pero esto no tiene fundamento.

El nombre cundió por todos los ejércitos, y en todos ellos se distinguen los húsares por sus vistosos uniformes.

El naturalista inglés Sir John Lubock asegura que la araña es de todos los animales, el que más come, proporcionalmente a sus dimensiones. Habiendo pesado cierto número de arañas antes y después de darles de comer, ha sacado en conclusión que si un hombre quisiera comer una cantidad de alimento proporcionada a la que aquellos animalitos consumieron, tendría que devorar cada veinticuatro horas dos vacas, tres carneros, diez cerdos y cuatro toneladas de pescado.

Los indios que viven en las cercanías del pantano de Klamath llaman "wokas" a la simiente del gran lirio acuático amarillo, que se cría en gran abundancia en aquellos parajes, y que desde antiguos tiempos es su alimento farináceo principal y el más exquisito al mismo tiempo.

Las encargadas de la recolección son las mujeres que, tripulando barcazas de forma especial, cogen las vainas que encierran la simiente y hacen una selección cuidadosa.

Luego extraen la semilla de la vaina, la secan en sartenes puestas a la lumbre y la guardan en sacos.

Las "wokas" recién tostadas son muy sabrosas, sobre todo sazonadas con un poco de sal y servidas con nata.

Es un hecho probado que los tartamudos al cantar parecen curados de su defecto, y esto, que a primera vista parece imposible e inexplicable, tiene una razón sencillísima y lógica.

La tartamudez es casi siempre una enfermedad puramente nerviosa, y por consiguiente, cuando el tartamudo tiene que dividir su atención entre las palabras y la música, la acción nerviosa queda momentáneamente anulada y el paso del aire a través de la laringe está continuamente abierto y sin obstrucción alguna.

El canto es, pues, una excelente cosa para ayudar a los tartamudos en la fácil emisión de la voz, y para curarles su defecto.

UNA BUENA MEDIDA



Poner un volante suplementario, a cargo de un conductor sensato, en los automóviles de los recién casados.



—Hemos tenido que mudarnos al piso bajo. Arriba ya no se puede vivir por el ruido del tráfico.

El viento transporta enfermedades

Es sabido que hay suspensos en el aire numerosos microbios de enfermedades infecciosas. ¿Puede el viento llevarlos a lugares relativamente alejados, recogiéndolos en los focos de infección, por ejemplo, en un hospital de contagiosos? Parece que sí, aunque no en la proporción que generalmente se supone. Hace años se notó el predominio de la viruela en el barrio de la Sorbona, situado en la zona de influencia del viento que pasaba por el Hotel Dieu, hospital parisiense, donde se recluía a enfermos de viruela, y en los alrededores del hospital Sainte Eugenie. Un caso igual se produjo en Londres: los vecinos que vivían en el barrio del hospital de variolosos de Hampstead se presentaron ante los tribunales pidiendo el traslado de ese hospital que, según ellos, provocaba la diseminación de aquella enfermedad en sus alrededores.

A este respecto, la opinión científica no desconoce la posibilidad de que el viento sea un agente transmisor del contagio, pero cree que la causa principal reside en que el personal de servicio del hospital sale y entra del establecimiento y visita casas y negocios de los alrededores sin adoptar precauciones para evitar el contagio.

En cambio, un autor inglés, el señor Thresh, sostiene que los hospitales flotantes anclados en el Támesis, a los cuales envía Londres sus enfermos de viruela, son causa de que se produzca la presencia de la enfermedad entre la población ribereña y, evidentemente, por medio del viento, pues los casos morbosos se producen en el radio en que sopla el viento.

En los suburbios de Túnez se ha observado la propagación de la fiebre tifoidea en el mismo sentido en que habitualmente corrían los vientos que habían pasado por un campo infectado. En ese campo se solía verter las inmundicias procedentes de un cuartel donde se habían producido casos de tifus.

Se afirma que una zona prohibida y de completo aislamiento de 200 metros alrededor de un hospital de infecciosos, bastaría para eliminar todo peligro de contagio a la vecindad. Pero después de todo, aunque el peligro existe, no debe alarmar sobremanera: hay más probabilidades de adquirir una enfermedad contagiosa en plena calle Florida, donde debido a la excesiva afluencia de gente el aire que se respira está cargado de millares de partículas de polvo por centímetro cuadrado, de microbios y de gérmenes, que en los alrededores de un hospital donde el aire es siempre mucho más salubre, en razón de la ubicación despejada del establecimiento.

Cómo se enterraba a los primeros cristianos

Según los documentos que de aquella época se conservan, las ceremonias del enterramiento entre los primeros cristianos eran muy diferentes de las que hoy se practican.

Lavados los cuerpos, los envolvían en lienzos finos y telas de seda; a veces los adornaban con preciosos trajes. Exponíanlos públicamente durante tres días orando y velando a su lado, y después los conducían a la última morada. Acompañaban al cuerpo con cirios y hachas cantando salmos e himnos en alabanza de Dios, y para significar la esperanza de la resurrección.

Se decían por los difuntos preces y oraciones, se comulgaba, se daba a los pobres el festín llamado "ágape" y auxilios ó limosnas; se renovaba la memoria del difunto al cabo del año y en los sucesivos, a más de la conmemoración general que se hacía todos los días en los oficios ordinarios de la Iglesia.

Para honrar y conservar su memoria, se enterraban muchas veces con ellos las insignias de su dignidad, los instrumentos de su martirio, redomas o esponjas llenas de su sangre, las actas del martirio, su epitafio o al menos su nombre, medallas, hojas de laurel u otro árbol siempre verde, cruces, el Evangelio, etc.

El cuerpo se colocaba de espaldas, con la cara vuelta hacia Oriente.

Al construir las iglesias, después de la paz de Constantino, se trasladaban a ellas los restos de los mártires, y los fieles procuraban santificarse reposando al lado de los bienaventurados, costumbre que fué abolida en el siglo XVIII.

El tío Rubén

Hace ochenta años un niñito jugaba al trompo en la plaza Mayor. El niñito se llamaba Rubén. Tenía sólo tres años. Daba gusto verle blandir el latiguillo con que hacía girar el trompo: parecía un hombrecito.

Ese día,—hace ochenta años,—el tiempo era primaveral. Había llegado el mes de marzo y la ciudad se dividía en dos mundos: uno, adonde daba el sol, blanco y tibio; el otro, en que reinaba la sombra, obscuro y frío. Toda la plaza pertenecía al sol, excepto la estrecha vereda de una hilera de casas.

Y sucedió que el chico, aunque muy animoso, se cansó de jugar al trompo. Miró a su alrededor para elegir un sitio donde descansar. No era difícil: faltaban los bancos, pero cada casa tenía su umbral de piedra. Rubén no podía desear nada mejor.

Era un hombrecito muy concienzudo. Abrigaba vagamente la idea de que a su mamá no le gustaría que se sentara en los umbrales de las casas ajenas. La mamá era pobre: por consiguiente, no se debía hacer nada que pudiera parecer que se quería tomar algo ajeno. Fué, pues, a sentarse en la escalinata de su propia casa, que daba también a la plaza.

Esa escalinata estaba en la sombra y hacía allí bastante frío. El niño apoyó la cabeza en la baranda, dobló las piernas y se halló cómodamente. Vió, un instante más, danzar los rayos de sol en medio de la plaza, correr los chicuelos y girar los trompos; pronto cerró los ojos y se quedó dormido.

Durmió una hora quizás. Cuando despertó se sintió mal. Entró llorando a su casa y la madre conoció en seguida que estaba enfermo y lo acostó. Pocos días después el niño murió.

Su historia no concluye aquí. La madre concibió una de esas penas que desafían al tiempo y la muerte. Tenía otros hijos y muchas preocupaciones llenaban su existencia; pero su hijo Rubén ocupó siempre en su alma un lugar donde reinó solo. Continuaba viviendo bajo sus ojos. ¿Veía jugar al sol un grupo de niños? Sin duda su hijo estaba entre ellos. Mientras ella desempeñaba los quehaceres domésticos, su Rubén estaba allí afuera dormido en la peligrosa escalinata. Ninguno de sus hijos vivos estuvo jamás tan presente en su pensamiento como el pequeño muerto.

Algunos años después Rubén tuvo una hermana. Cuando tenía edad de jugar al trompo, sucedió que un día fué a recostarse en la escalinata de piedra. La madre, que había creído sentir de pronto que alguien le tiraba de la pollera, salió rápidamente y tomó de un brazo a la niña con tanta brusquedad, que la recordó toda su vida. Y más recordó la expresión extraña de su madre en ese momento y cómo temblaba su voz al decirle:

—Tenías antes un hermanito que se llamaba Rubén. Se murió por sentarse allí, en el umbral. ¿Tú también quieres morirte y dejarme, Berta?

El hermanito Rubén se convirtió pronto para sus hermanos en un ser tan viviente como para su madre. Esta tenía tanta autoridad que todos veían por sus ojos y para ellos como para ella, el pequeño fantasma permanecía siempre sentado en la grada de la escalinata. Y naturalmente, jamás se les ocurría la idea de sentarse allí. Y cuando veían a alguien sentado en un umbral de piedra, o en una balaustrada de piedra, o en una piedra al borde del camino, sentían inmediatamente una opresión de corazón y pensaban en Rubén.

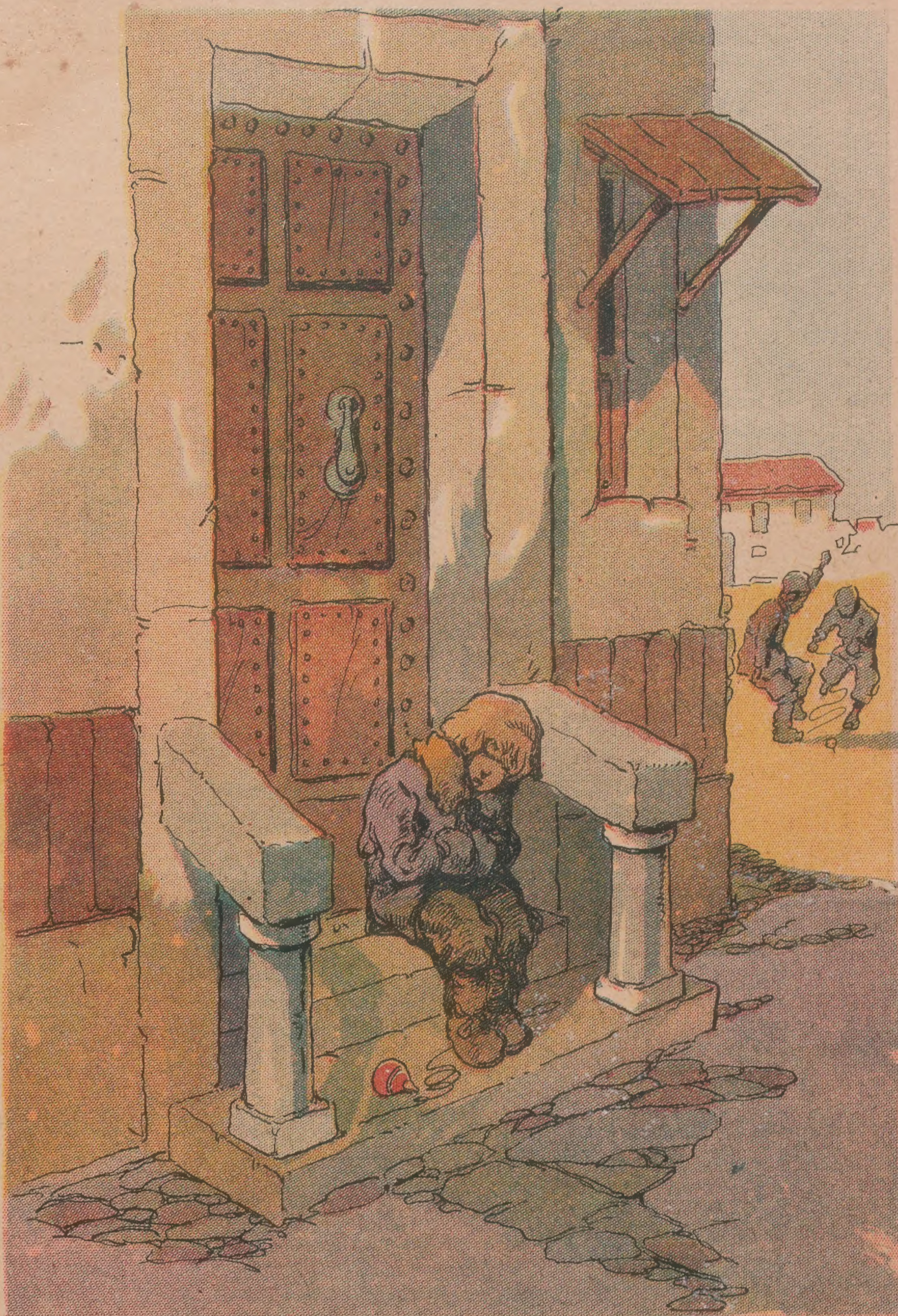
Y Rubén creció y ocupó un lugar principal en sus recuerdos y en sus conversaciones. Sabían que los niños pertenecen a una especie incómoda, onerosa y que da mucho que hacer a los padres. Ninguno de ellos admitía que la madre sufriese tanta pena por haberlo perdido. Desde que la muerte de Rubén le afligía tanto, sin duda Rubén había sido un muchacho mucho más bueno y juicioso que ellos. A menudo alguno de ellos se decía:

—¡Ah, si pudiera poner tan contenta a mamá como el hermanito Rubén!

Sin embargo, sabían de él muy poca cosa: había jugado al trompo y se había enfermado por dormir en la escalinata de la puerta. Pero si la madre lo amaba tanto, debía haber sido un niño maravilloso.

El marido murió: la pobre mujer continuó afrontando la pobreza y el trabajo penoso. Los niños pensaron que si Rubén hubiese vivido, habría mitigado esta desgracia. Y cada vez que veían llorar a la madre, creían que lloraba porque Rubén había muerto y porque ellos no se parecían a Rubén. Así crecía en ellos el deseo de rivalizar con el niño muerto. ¡Qué no hubiesen hecho porque los amara como a él! En este sentido el hermanito Rubén era el niño más útil para la madre.

Cuando el mayor de los hermanos ganó sus primeros centavos remando en un bote para la gente que quería cruzar el río, corrió a llevárselos a su



madre, y ante la alegría de la pobre mujer, expresó voluntariamente la ambición que le devoraba:

—Mamá, ¿no soy ahora como Rubén?

La madre lo miró, comparó en silencio ese rostro fresco y radiante de vida con el otro pálido del niño sentado en el umbral. Hubiera querido contestar "sí", pero le fué imposible:

—Tu madre te quiere mucho, Ivan—dijo por fin—aunque no eres como tu hermano Rubén.

No se podía llegar a ser como ese hermano: los niños lo comprendían, pero no por eso cejaban en sus esfuerzos por parecérsele.

Crecieron, llegaron a ser hombres hechos y derechos, personas honradas que adquirieron por su trabajo bienestar y estimación, mientras el hermano Rubén permanecía siempre sentado en su sitio, en la escalinata de piedra. Y sin embargo conservaba siempre su ventaja: no se le podía alcanzar. Y en cada progreso que hacían, cada mejora que aportaban a la suerte de la madre, fué para ellos recompensa suficiente oirle decir:

—¡Ah, si Rubén viera esto!

Rubén acompañó a su madre toda la vida, hasta su lecho de agonía. Para sus hermanos y hermanas se había convertido en el símbolo de la existencia honrada y laboriosa, de la piedad filial, de todos los emocionantes recuerdos de los tiempos difíciles. Su voz adquiría siempre una inflexión noble y tierna cuando hablaban de él. Alrededor del recuerdo de ese niño muerto había siempre algo de fiesta religiosa.

Y así fué como se deslizó en la vida de sus sobrinos. El amor de la madre lo había engrandecido y ya se sabe que la influencia de los grandes hombres se ejerce de generación en generación.

El hijo de la hermana Berta tuvo desde temprano mucho que hacer con el tío Rubén.

Un día en que sentado en el cordón de la vereda contemplaba, con esa tranquilidad que se siente al seguir la existencia aventurera de otros, briznas de paja y ramillas que corrían sus aventuras por el arroyo hinchado, sus apacibles estudios filosóficos fueron súbitamente interrumpidos por la madre que en cuanto le vió pensó en el niño sentado en la escalinata de piedra.

—¡Querido, — exclamó, — ven en seguida!... Tu mamá tenía un hermanito que se llamaba Rubén y tenía cuatro años como tú. Murió por haberse sentado en el cordón de la vereda donde tomó un frío que lo enfermó.

A Axel le disgustaba moverse de allí; se quedó, pues, inmóvil con los rizos de los cabellos rubios sobre los ojos. El recuerdo de Rubén inspiró a la hermana Berta una energía poco acostumbrada. Tomó de un brazo a su hijo y le sacudió rudamente. Así aprendió el niño a tener respeto por el tío Rubén.

Otro día, el niño cayó sobre la nieve. Un muchacho más grande le había derribado. Se puso a llorar a fin de demostrar que le habían maltratado y porque su madre no estaba lejos. Ignoraba que su madre era, ante todo, la hermana del tío Rubén. En



El oasis.

cuanto Berta lo vió, no le dijo ninguna frase consoladora, sino que exclamó:

—¡Ven, en seguida! ¡No te quedes ahí! Piensa en tu tío Rubén, que murió cuando tenía cinco años como tú, por haberse sentado en un montón de nieve.

Axel se levantó inmediatamente. Pero le invadió un sentimiento de pena. ¿Cómo era posible que su madre hablara del tío Rubén cuando su propio hijo sufría tanto? Axel sintió un profundo despecho; y así fué cómo aprendió a odiar al tío Rubén.

En lo alto de la escalera de la casa de Axel había una baranda de piedra, donde era delicioso sentarse. Se veía, allá abajo, las baldosas del vestíbulo y parecía que uno se asomaba a un abismo. Esa baranda era un magnífico corcel. Cuando Axel cabalgaba en ella, saltaba fosos y corría al ataque de castillos encantados o, como San Jorge, con sus rizos rubios flotantes al viento, luchaba contra dragones. Y además, por suerte, a Rubén nunca se le había ocurrido cabalgar en ella. Es decir... algún día cabalgaría. Cierta vez en que el dragón se retorcía en su agonía y cuando Axel cantaba su victoria y su orgullo, la sirvienta gritó:

—Axel: ¡baja en seguida! Acuérdate de tu tío Rubén, que murió cuando tenía ocho años como tú por estar a caballo en una baranda de piedra. No lo vuelva a hacer ¿oyes?

¡Viejo imbécil ese tío Rubén! No podía soportar que Axel matara dragones y salvase princesas.

Pobre muchachito juicioso que un día jugabas al trompo en la plaza soleada: ahí tienes lo que resulta de ser un gran hombre. El pasado te presenta como un espantajo al porvenir.

En el campo, en el patio de la casa del tío Ivan, todos los primos y primas están reunidos. Axel circula, lleno de odio contra el tío Rubén. Quisiera saber si ese cuco atormenta también a los otros. Pero la idea de hacer esa pregunta le parece, vagamente, un sacrilegio. Por fin, cuando los niños están solos se decide y pregunta si alguien ha oído hablar del tío Rubén. Inmediatamente, los ojillos de los niños brillan enérgicos; algunos aprietan los puños, pero los labios permanecen quietos: han aprendido el respeto y el temor:

—¡Cállate!—murmura el grupo.

—¿No!—replica Axel,—quiero saber si a los demás también los molesta. A mí me parece el más fastidioso de todos los tíos.

Estas palabras valerosas rompieron la valla que contenía los pechos y los odios de tantos corazones infantiles. Hubo un tumulto de revuelta. Fué como una asamblea de nihilistas cuando blasfemaban contra el zar. Y se hizo el balance del infeliz gran hombre. El tío Rubén perseguía a sus sobrinos. El tío Rubén moría donde se le antojaba. El tío Rubén tenía siempre la edad del niño a quien molestaba. Evidentemente el tío Rubén era un mentiroso, pero un mentiroso a quien se debía respetar. ¡Había que ver con qué aire hablaban de él los padres! Y en resumidas cuentas, ¿qué había hecho de notable? Morir, nada más que morir. ¡Gran cosa! Por lo demás, aunque hubiese hecho algo grande, era preciso reconocer que abusaba desconsideradamente de su poder. Se erguía delante de todo lo que deseaban los niños. Los ahuyentaba del césped donde es tan lindo acostarse. Había descubierto el mejor escondrijo del parque y prohibía que los niños fueran allí. Desde hacía algunos meses se le ocurría subirse a los caballos y trepar a las carretas cargadas de heno. Todos estaban seguros de que jamás había tenido más de tres años, a pesar de lo cual se atrevía ahora con muchachos de catorce años. Se supo de él cosas bastante extrañas: había pescado con caña en la punta del puente; había remado en el botecito del lago; se había colgado de las ramas del saúco viejo que están invitando a uno a balancearse por encima del agua; hasta había dormido sobre un barril de pólvora...

Todos estaban persuadidos de que no se podía escapar a su tiranía. Consolábanse hablando con toda libertad; pero este consuelo no era un remedio...

¿Es posible creerlo? Cuando esos niños fueron personas mayores y a su vez tuvieron hijos, comenzaron pronto a aprovecharse del tío Rubén. Y sus hijos aprendieron tan bien la lección que un día, en el campo, un chicuelo de cinco años se dirigió derechamente a la abuelita Berta que se había sentado al pie de la escalera esperando que llegara su coche:

—Abuelita,—le dijo,—¿tenías un hermano que se llamaba Rubén?

—Es cierto, hijito,—contestó la abuela. Y al oir el nombre se puso de pie. Fué para los chicos un espectáculo inolvidable. Se hubiese dicho que era el gesto de un carlista que saluda el retrato de Carlos XII. Y los niños comprendieron que el tío Rubén, aunque se abusase de él, debía sobrevivir mucho tiempo todavía, y esto, porque había sido amado con ternura.

En nuestro tiempo en que el espíritu crítico mide todas las grandezas, conviene servirse de Rubén con más moderación. Se le ha limitado a su edad: los árboles, los botes, los barriles de pólvora, ya no pertenecen a su dominio; pero todavía es señor sobre todo lo de piedra, sobre todo aquello donde uno puede sentarse.

Los niños a quienes se inspira menos obediencia queñas colegialas se preguntan si no es un mito. Es cosa de la moda: en el fondo, esta generación está tan convencida de la grandeza del tío Rubén como las generaciones precedentes. Día vendrá en que esos blasfemadores harán un peregrinaje a la casa antigua y buscarán la vieja escalinata de piedra. Y cuando tengan hijos, la necesidad del gran hombre se impondrá a su espíritu.

—Hijo mío, ven aquí: la mamá de tu mamá tenía un tío que se llamaba Rubén. Murió a tu misma edad por haberse sentado a descansar en este mismo umbral de piedra.

Y así mientras dure el mundo.

Selma LAGERLOF.

El mascarón de proa

Es lástima que el mascarón de proa, lo más artístico de las embarcaciones antiguas, esté hoy casi desterrado de la arquitectura naval. Fuera de alguno que otro barco de vela, ninguno de los modernos navíos lleva el ángel, la diosa o el guerrero que adornaban las proas de los de tiempos pasados; y en cuanto á los buques de guerra, en lugar de la figura simbólica se ve el gigantesco cañón, o la boca del tubo lanza-torpedos.

El mascarón de proa no era solamente un adorno; era también un reflejo de las creencias, de las costumbres y del carácter de cada pueblo. Su antigüedad es remotísima; los barcos egipcios llevaban el símbolo nacional, la flor de loto, y los antiguos monumentos asirios nos presentan las naves de aquel país con la proa en forma de cabeza de caballo.

Consideraban los antiguos a la embarcación como un sér con vida, casi con alma. Los griegos y los romanos daban a los contornos de sus navíos la forma de cabezas de animales, y pintaban dos ojos en ambos lados de la proa. Este último detalle decora todavía los barcos en China, y si se pregunta a un marinero chino el objeto de tales ojos, responde invariablemente: "Si el barco no tuviese ojos, no podría ver; si no viese, no podría navegar".

Cada nación adornaba la proa de sus naves con su emblema favorito. El buho figuraba en las de los atenienses; el gallo, emblema de la vigilancia, en las de los fenicios. La proa de las góndolas venecianas lleva la imagen de San Teodoro, su patrón. El león británico ha venido a ser el mascarón de los buques ingleses; todos los pueblos del mundo conocen este emblema, que representa a la primera potencia naval.

En los siglos pasados, cuando se capturaba un barco enemigo, no sólo se daba cuenta de su nombre, sino de lo que el mascarón representaba. Si había necesidad de destruir la presa, conservábase la figura como una reliquia, lo mismo que el piel roja conserva un cuero cabelludo, o el dayak de Borneo las cabezas cortadas a guisa de trofeo. La figura ornamental, a la que la superstición y el sentimiento daban un poder misterioso, análogo al de los ojos del junco chino, quedaba como testigo harto elocuente del desastre.

Entre los romanos, las victorias navales daban lugar a solemnes fiestas, durante las cuales eran paseados en triunfo los despojos arrebatados al enemigo, y entre ellos las proas, o los "rostros", como entonces se les llamaba, precisamente en razón de su decorado. El cónsul Duilio, después de una victoria naval, erigió una "columna rostral", así llamada porque estaba compuesta de proas de barcos capturados. En los tiempos modernos se hizo algo parecido en la América del Norte, después de la guerra con Trípoli, en honor de los héroes que en ella perecieron. Colocado primitivamente en Wáshington, este monumento fué víctima del bombardeo de dicha ciudad por los ingleses, en 1814.

Los barcos mercantes de la Roma clásica, durante los largos viajes, llevaban en la popa los dioses lares del propietario. Más adelante, en la Edad Media y principios de la moderna, aquellas divinidades del culto gentílico fueron sustituídas por la imagen de un santo dentro de su hornacina, y a veces se añadía una sentencia religiosa. Los holandeses, formando excepción a la regla general, tenían el mal gusto de llevar, en vez de un santo, un esqueleto humano.

El siglo XVII fué, digámoslo así, el siglo de oro de los mascarones de proa. No había entonces barco de guerra, fuese de la nación que fuese, que no llevase debajo del bauprés su correspondiente figura alegórica, a veces rodeada de otras figuras secundarias, como eran angelotes, sirenas y delfines, alternando con columnas salomónicas pintadas de oro y rojo. Uno de los barcos más notables por este concepto era el "Soberano de los mares", construído en 1637 para el servicio de Inglaterra. Su proa representaba la estatua del rey Eduardo a caballo, pisoteando a otros siete reyes, alusión al hecho de que dicho monarca era reconocido como "Supreme Lord" por otros sietes reyes de la Gran Bretaña. También era muy notable el adorno de la proa del "Colomb", buque de guerra yanqui construído después de la segunda guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos: representaba con toda exactitud la catedral de la Habana.

Actualmente, como ya al principio se ha dicho, nadie se acuerda del mascarón de proa.

Los marinos no le atribuyen ya el valor que en otro tiempo tuvo, y lo consideran poco menos que incompatible con el carácter eminentemente práctico de la navegación moderna.

Con todo, fácil es que nuestros lectores hayan tenido todavía ocasión de ver en tal o cual goleta o bergantín surtos en nuestros puertos alguna muestra de este arte, hoy próximo a desaparecer.

Matilde García



Muy poco tiempo hace que esta linda tiple cómica se dedica al teatro, pero esa corta actuación ha sido suficiente para que su figura se destaque en la escena de un modo notable, tanto por su temperamento artístico, como por la gracia natural con que anima sus interpretaciones.

Matilde García es muy joven aún, y por esta circunstancia es dable esperar mucho de su paso por el arte, ya que, desde los comienzos de su labor, ha revelado aptitudes y cualidades que dejan entrever, con las seguridades del éxito, el brillante porvenir escénico que aguarda a esta inteligente artista.







ACTUALIDAD EXTRANJERA



Federico Ebert pronuncia ante la Asamblea constituyente, reunida en Weimar, su discurso de aceptación de la presidencia de la República Alemana.



Un maximalista chino puesto en el cepo por los cosacos en una localidad de Siberia. Se le condenó a permanecer a la entrada del pueblo durante una semana, con la indicación de su delito escrita en el tablón que lleva sobre los hombros.



La presente fotografía fué tomada en momentos en que un grupo de soldados mutilados, pertenecientes al ejército alemán, desfilaban por las calles de Berlín, formando a la cabeza de una de las manifestaciones espartaquistas llevadas a cabo en dicha capital.



"Cabeza de mujer", notable obra del escultor francés Gastón Lachaise, expuesta últimamente en Nueva York.



Un curioso retrato del primer ministro italiano Orlando, jefe de la delegación italiana en la Conferencia de la paz



Gustavo Noske, jefe de las fuerzas militares del gobierno alemán, cuya decisiva actuación resaltó últimamente en la represión de los espartaquistas.



"BUENOS AIRES LAWN TENNIS CLUB"

Colocación de la piedra fundamental del nuevo edificio



El señor Enrique Woodgate, presidente de la institución, leyendo su discurso.



El intendente municipal, doctor Llambías, el ministro de la Gran Bretaña, sir Reginald Tower, el secretario de hacienda, doctor Hipólito Leys, y otras personalidades que presenciaron la ceremonia realizada en el campo de juegos del Club, el sábado 10 del actual.



El vicepresidente de la asociación, señor Juan Carlos Gallegos, dando lectura al pergamino que se encerró en la piedra fundamental.



Parte de la concurrencia escuchando la palabra de los oradores.



Público que presenció el partido de dobles de caballeros, en el que tomaron parte los señores L. Knight, F. Elortondo, E. Knight y A. J. Villegas, y que se jugó en la cancha número 1, antes de la colocación de la piedra fundamental.

PAISAJES DE TIERRA ADENTRO



El dique de San Roque, en Córdoba. — La vía férrea que bordea el pie de la serranía, pertenece a los Ferrocarriles del Estado.



Una de las muchas pintorescas perspectivas que ofrecen los alrededores de Capilla del Monte.

Las joyas perdidas en la playa

Cualquiera que haya frecuentado una playa de moda, sabe que los centenares o millares de personas que a diario van a ella pierden pequeños objetos de valor más comúnmente que en las calles de la ciudad, por ejemplo. Caen sin ruido, se entierran en la arena o quedan cubiertos por las últimas olas.



En este afortunado harnero se recogió en una sola vez cinco anillos, uno de los cuales valía cincuenta pesos.

Ya es el lápiz de oro que cayó al sacar el pañuelo, ya la cadenilla que un niño se quitó inconscientemente del cuello mientras jugaba tendido en la arena, ya el anillo un poco holgado que un violento movimiento de natación salióse del dedo y que su dueño, aunque advirtiera en seguida la pérdida, no pudo hallar por haber quedado bajo el agua.

Por otra parte, los bañistas de una playa de moda son gente que suele usar joyas.

Esta frecuencia de las pérdidas ha dado origen a una industria curiosa: hay individuos que se dedican a pescar a orillas del mar, no ya moluscos, sino anillos y monedas. La ocupación parece ser provechosa, pues se dice que algunos de esos originales pescadores logran hallazgos que por término medio producen cerca de treinta pesos diarios. Y sin duda es así si hemos de juzgar por las fotografías que publicamos tomadas en un conocido balneario.

Los pescadores de las costas frecuentadas por bañistas de relumbrón, tienen, pues, una nueva especialidad del oficio a que dedicarse con más provecho que la de enganchar bagres.



La arena asentada por el agua apenas empieza la bajante, es removida a paladas por un pescador de objetos perdidos y luego pasada por un harnero de malla ancha, que retiene los cuerpos relativamente voluminosos.



A veces, durante varias horas, la arena cernida no deja más que valvas rotas y restos de crustáceos, pero otras, un solo "pescador de oro", obtiene, como este, numerosas monedas y medallas y alhajas falsas y legítimas, que en conjunto valen unos cincuenta pesos.



Generalmente los objetos empujados por el agua se detienen al pie de los postes. No ignoran esto, sin duda, estos dos "pescadores de oro" que esperan un provecho inmediato de su simpática actitud de propagandistas de la fiesta del árbol.

De Cacheuta



Señoritas de O'Connor y Carvalho.



Señoritas de Apaolasa, Iturralde, Graciarena, Imas y Morgan.



Señora de Guerrero y señoritas de Carvalho y Gramajo.



Los baños de sol tienen también sus partidarios.



Señor Eduardo Acosta y señora, y doctor Basualdo.



En los Dardanelos



El cabo de Seddul-Bahr, en la entrada de los Dardanelos, donde cayeron tantos combatientes aliados en 1915. Todavía emergen de las aguas los restos del acorazado "Bouvet", que en marzo de 1915 fué hundido por una mina, y de los transportes "River Clyde" y "Cinghalien". Fotografía tomada recientemente.

¿La misma enfermedad?

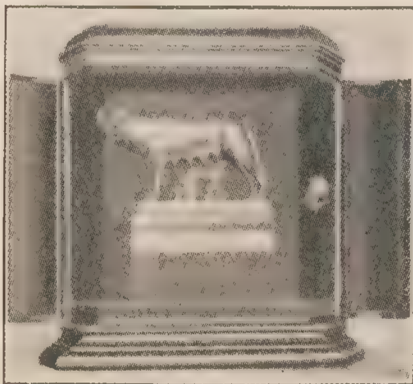


El médico.—Siempre estoy gastando plata para arreglar este coche y continúa lo mismo. ¡Es inexplicable!
El mecánico.—Es como mi reumatismo, doctor; bien lo sabe usted que me atiende.

La familia



Siempre hay sitio para uno más.



Una reproducción de la famosa loba romana, regalada a la señora del Presidente Wilson por la municipalidad de Roma.

¿Nuestro correo?



Al cabo de cincuenta años recibe, todas juntas, las cartas que le mandaba su novia.

Ecos de la fiesta del 2 de mayo



San Andrés de Giles.—Un núcleo de residentes de la colectividad hispana, festejando el histórico aniversario con una comida llevada a efecto en la casa de la Sociedad Española.

SALTO ATRÁS

Durante dos días se había desencadenado la ventisca. Las ventanas crujían como huesos desecados a cada acometida del huracán contra la pequeña granja de la colina. Una mujer flaca y ajada lavaba la vajilla en el barreño a la luz mortecina de un candil. El olor de la leña verde se difundía en la cocina mezclándose desagradablemente con los acres efluvios de las patatas fritas en la atmósfera pesada por la falta de aire; pero ni la mujer en su ocupación ni el corpulento hombre sentado con los pies apoyados en la estufa parecían notar el ambiente opresor del cuarto.

El hombre de la silla comenzó a desdoblarse. Cogió las obscuras botas de caucho que estaban cerca del fuego. Luego levantóse, raspó un fósforo y encendió una linterna que descolgó del muro. La luz parpadeó débilmente mientras él bajaba con rudeza el globo de cristal. De un gancho detrás de la puerta cogió un gran abrigo de pieles de carnero y se lo puso. Luego aseguró su linterna y se dirigió a la puerta del zaguán.

—Aluego vendré; voy al corral a ver si too está en orden antes d'irnos a dormir.

Con esta observación abrió la puerta, dejando penetrar una ráfaga de aire helado.

La mujer nada dijo, pero se estremeció cuando la corriente de aire frío llegó hasta donde ella se encontraba.

—¿Nunca se acabará esta racha? murmuró secándose las manos en la toalla enrollada cerca del barreño.— Me golveré loca si algo no sucede pronto. Nieve y nieve, sin ver un alma dende hacen tres días, y no hay señales de que esto pare de una vez.

Se acercó a la estufa y atizó el fuego para que la leña verde ardiera más pronto. Esta vida la estaba matando: trabajar siempre y siempre trabajar. Se rebelaría si no fuera por el chiquillo de cabeza rizada que dormía en la habitación contigua. Su hijo lo era todo para ella: su única compañía y su sola esperanza. Educarle para que llegara a ser un hombre de negocios en la gran ciudad era su ambición exclusiva. No debía ser jamás un hombre rudo, grosero, de barba inculta, como el ser que el mundo llamaba su marido. Habíase casado con él cuando contaba apenas quince años: ni niña ni mujer, sólo una impetuosa adolescente; y ésta era su recompensa. Miró la cocina en torno desdeñosamente. Allí era donde tendría que criar a su hijo, el último, ahora de nueve años. Los otros habían muerto. El pequeño cementerio de la colina encerraba cinco humildes tumbas que guardaban los diminutos ataúdes donde estaban confinados los pedazos de sus entrañas.

Ni ella ni Ira tenían más instrucción de la que se daba en las escuelas primarias del distrito. Jamás habían tenido tiempo de pensar en otra cosa, en medio de sus luchas con la miseria, a pesar de haberse casado muy jóvenes.

Pero su hijo, que tan poco le pertenecía a él y era tanto de ella, no debía llevar vida semejante a ésta. Iría al liceo, y luego a la universidad, allá en la gran ciudad, aun cuando ella apenas se atrevía a esperarlo. Luego se haría famoso, médico o abogado quizá, como uno de aquellos cuyo nombre leía ella en los periódicos semanales.

Nunca había hablado a Ira de sus ambiciones para el chico. Pronto tendría que saberlo, porque necesitaban ahorrar dinero con ese objeto. La



SI SEGUIMOS ASI...

Los progresos del automovilismo.

educación es costosa y el dinero no sobraba.

La maestra de escuela del lugar habíale dicho a menudo que el chico era muy listo para sus estudios. Estaba mucho más adelantado que sus compañeros. La madre le estimulaba lo mejor que podía, ofreciéndole pequeñas recompensas por los buenos puntos que el muchacho alcanzaba.

Tenía que hablar con Ira. Casi le parecía que debería hacerlo aquella misma noche; pero, con todo, sentía cierto temor. Jamás habían hablado del porvenir del chico; aceptaban simplemente el presente en la forma que se desarrollaba.

Ira volvía del corral. Pudo oirle al extremo del cobertizo sacudiendo la nieve de sus botas. Ella sintió un frío inusitado y atizó nuevamente el fuego. Le hablaría ahora mismo y sufriría la prueba de una vez.

El cerró la puerta con tremendo empujón, apagó la linterna y se acercó a la estufa para calentarse las manos. Los olores del corral persistían todavía en sus ropas. Martha contemplaba su rostro estúpido, pero obstinadamente resuelto, preguntándose si tendría valor de proponer la cuestión. El nunca había sido cruel para con ella; la había aceptado como cosa necesaria, una especie de máquina para mirar por sus comodidades. No entró en explicaciones preliminares; valía más decirle lo que había estado meditando.

—Ira, ¿no juera bueno que empezáramos a'orrar pa que Jimmy vaya al colegio cuando sea grande?

Hizo la pregunta tímidamente, sin atreverse a mirarle a la cara.

El hombre miró a su mujer con cierta curiosidad alelada. ¿Qué fantasía se le había metido en la cabeza? ¡Mandar a su hijo a estudiar fuera de la granja cuando precisamente comenzaba a serle útil! ¿Qué estaba pensando esa mujer?

—Jimmy no irá a dengún colegio, me se figura a mí,—replicó con voz cortante.

—Sí, Ira; tiene que dir al liceo y aluego a la universidad, aonde aprenda a ser un hombre famoso. Tu hijo no ha de pasar la vida como nosotros, trabaja y trabaja y sin sacar dengún provecho. Aquí no hay naa que pues ser bueno pa él.

Maravillábase ella de su atrevimiento. Era la conversación más larga que había tenido con su marido acerca del bienestar del chico.

Por un segundo se encendió el rostro de Ira. Parecía que iba a pegarla.

—¡No quiero oir más necedades! Jimmy no irá a denguna universidad; no irá a dengún liceo; cuando acabe en la escuela del distrito no necesita más cencia. Eso es bastante pa cualquier muchacho. Yo no hey tenío más educación, pero tú te casastes conmigo y estás viviendo conmigo. ¿No hey sío cosa bastante güena pa ti? No te voy a dejar que críes currutacos de la ciudad aquí en la chacra. ¿De dónde sacas tóas esas invenciones tontas, dempués de too?

Terminó colérico su discurso, pero con aire de determinación que no permitía insistir sobre el tema.

—Pero...—murmuró la mujer.

—No hay pero que se tenga, y nunca me güelvas a chistar de eso. Mi bisagüelo jué a la escuela primaria número 10, mi agüelo jué a la escuela primaria número 10, y yo juí a la escuela primaria número 10; y digo que lo que ha sío güeno pa mí es güeno tamién pa mi hijo.

Recalcó esta afirmación empujando la puerta abierta del horno con su pie calzado de la bota de caucho. La puerta se cerró con estrépito.

—Mamá, ¿por qué están haciendo tanta bulla tú y mi papá?—preguntó la voz soñolienta de un chiquillo desde el aposento vecino.

Martha no miró siquiera a su marido; lo detestaba demasiado. Provocábale a salir corriendo desesperadamente de la casa sin detenerse jamás. Pero allí estaba su hijo; la llamaba. Penetró en la obscura habitación. Nunca acostumbraba demostraciones cariñosas, pero cayó de rodillas al lado del lecho.

—No es nada, Jimmy, duérmete. Yo y tu papá tábamos conversando, eso es too.

Tomó entre las suyas la mano del chiquillo, oprimiéndole por un momento. ¿Habría de verse obligado a llevar una vida de esclavo como la que llevaba su padre? ¿Sería un rústico granjero que nada poseyera sino deudas insolventes y de quien los elementos fueran los únicos compañeros? ¡Mejor sería que el niño durmiese en el cementerio con sus otros cinco hermanitos, si había de verse condenado a esta suerte!

Pero Ira había hablado y era todopoderoso, porque él manejaba los cordones de la bolsa. Ella tendría que ceder. Tendría que olvidar que alguna vez sintió ambiciones para su hijo. Puso la manecita debajo de los cobertores.

—Duérmete, too anda perfectamente,—dijo casi impaciente.

Martha regresó a la cocina. Allí continuaba Ira al lado del fuego, donde le había dejado. No se atrevió a hablarle, y se ocupó activamente de lavar las tablas blandas y hendidas que componían el pavimento.

—Vamos ya acostarnos; no hay necesidad de gastar leña ni petrolio estando levantaos.

—Oye, Ira, toavía no son las ocho. Déjame estarme levantada otro ratito; tengo que hacer unos remiendos; necesito hacerlos.

Rogaba como ruegan los niños para obtener una media hora más en el momento de irse a la cama.

El hombre se volvió hacia ella:

—Eres una gran cosa, tú, mujer, empujando a un pobre hombre pa que se gaste más petrolio. Eres la que menos pues hablar de ahorro. Yo nunca he tenío mucha cencia, pero no soy tan bobo cuando es cuestión de ahorro.

De mala gana puso ella la escoba en un rincón de la cocina, cerró las llaves de la estufa y pasó al otro cuarto llevando el candil.

Mucho tiempo quedó despierta después que Ira comenzó a roncar. Trataba de encontrar un medio para librar a su hijo de la vida a que su padre quería condenarle. ¿Qué haría? Durmióse antes de haber resuelto la dificultad.

Despertó sobresaltada. Encendió un fósforo que encontró sobre la mesita al lado de la cama e interrogó el reloj niquelado. Marcaba las cuatro y media.

El frío la hizo estremecer. El cuarto estaba helado, y Martha se acurrucó de nuevo por un instante entre los cobertores. Pero recordó que era necesario encender el fuego y tener el desayuno listo para las cinco y media.

Vistióse con dedos entorpecidos. Cogió luego el candil de la chimenea y lo llevó a la opaca y helada cocina, llena todavía de los pesados olores de la leña verde y las patatas fritas. Encendió la linterna y pasó al cobertizo en busca de un cesto de astillas para combustible. No había nada preparado. Prontamente colocó en el tajo un trozo de madera seca y la dividió con el hacha, con la destreza de quien está acostumbrado a tal labor. Llenó el canasto y lo levantó en vilo con la soltura de un hombre.

Preparó lo necesario para el desayuno, con la imaginación hecha un torbellino. Pensaba aún en el porvenir del chiquillo que dormía en la habitación contigua.

En la mesa tomó una decisión. La idea se presentó tan de súbito, a decir verdad, que ella no comprendió bien la empresa que acometía. Jimmy iría al liceo, iría a la universidad, viviría con las comodidades de la gran

(Continúa después de la página infantil)

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí











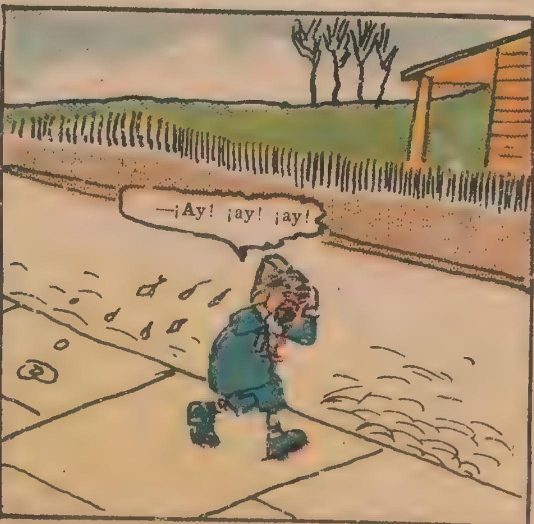


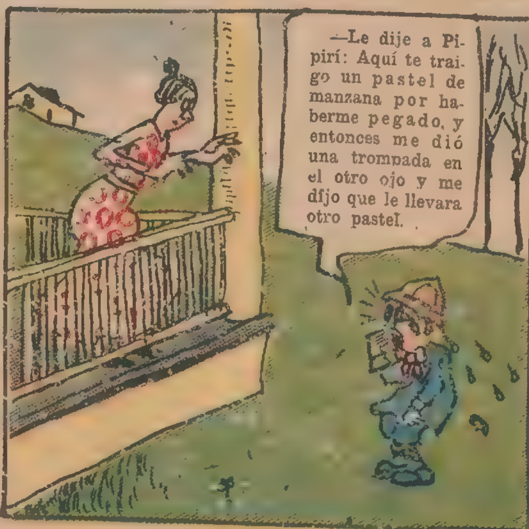












(Continuación de SALTO ATRAS)

ciudad. La mujer de su hijo no sería una esclava como ella lo había sido, levantándose al amanecer para cortar leña y recibir un trato apenas mejor que los animales del corral. Ella no tenía amigas ni relaciones; pero la mujer de su hijo tendría todo aquello que a ella le había faltado, porque su hijo sabría cómo procurárselo. ¿De qué manera podía conseguir el dinero? Por un segundo desechó el pensamiento que se apoderaba de ella; luego, lo dejó posesionarse de su ser. Robaría el dinero a Ira, centavo por centavo.

Nevaba todavía, silbaba el viento y las ventanas rechinaban espasmódicamente; pero ella no sentía ya el horror de la tormenta. Estaba muy atareada formulando su grandioso plan, el plan que arrancaría a Jimmy de aquellos confines limitados y lo convertiría en un hombre a quien ella estaría orgullosa, temerosa casi, de llamar su hijo.

Ira entró en la cocina refunfuñando. Descolgó de un clavo sobre el barreño una pequeña vasija de estaño y la llenó con agua de la olla que hervía en el hogar. Luego se alisó el pelo frente al espejo colgado cerca de la ventana.

Martha no había cruzado una palabra con su marido; frases de placer, matinales o a cualquiera hora, no se acostumbraban en la casa. Sentóse Ira frente al desayuno que ella había preparado en una esquina de la mesa cubierta con periódicos. Vació el té en el platillo y lo sorbió ruidosamente. Atravesó con su tenedor uno de los bollos recalentados y lo devoró con fuerte rumor de masticación. La mujer se mantenía al lado de la estufa, observándole. Ni un detalle se le escapaba: su cabello hirsuto, sus vestidos descuidados y sus maneras bestiales. No; su hijo no crecería semejante a él. Sabía ella muy poco del modo de educarlo, pero la ciudad se encargaría de eso. Haría de él un hombre.

El marido rompió el silencio gruñonamente:

—¿No vas a comer nada?—preguntó.

—Yo comí,—dijo ella, con voz incolora.

Juntó él los platos uno sobre otro y los apartó de sí. Mientras que vestía el abrigo de pieles de carnero, preparándose a afrontar la borrasca, encendió ella la linterna y colocó sobre la mesa tres cubos de estaño para la leche. El cogió la linterna sin una palabra de agradecimiento y ensartó los cubos de la leche en su brazo. La puerta del zaguán resonó tras él. Ella miró sombríamente por un instante en aquella dirección. Se había ido; podía ahora disponer sus planes con más claridad. Pasó al aposento contiguo, intentando despertar al chiquillo; pero le vió tan pacíficamente dormido que no quiso molestarle. El reloj vibró agudamente en la silenciosa habitación avisando que eran las seis. Jimmy debería estar ayudando a su padre en las faenas menudas. Pero de ahora en adelante el niño era suyo, y ella sería quien encaminara su vida como mejor le aconsejara su habilidad.

Volvió a la cocina, ocupándose de arreglar las cosas. ¡Qué vida más vacía! Lavar la vajilla, cocinar, barrer y batir la mantequilla. Esta rutina diaria variaba solamente en verano con largos, ardorosos días en el campo de heno; y en otoño con horas interminables de destrozarse las espaldas en el campo de patatas. No tenía ambición ni aspiraciones ni razón para existir; pero su determinación de hacía una hora había cambiado todo el aspecto de su vida. Ahora tenía una ambición, algo por que luchar, al que ni siquiera en sus plegarias podía murmurar.

Sería su gran secreto, y quedaría oculto hasta el día glorioso en que viera a Jimmy obtener su diploma del liceo. Entonces se lo diría, le diría de sus luchas, sus esfuerzos, sus aspiraciones, y él recibiría el dinero para ingresar a una de las universidades de la gran ciudad. Todo esto veía ella con la imaginación mientras contemplaba hervir la tetera sobre el fuego. Casi le parecía que el vapor tomaba forma, diseñando las escenas que habían de tener lugar.

Pero el ensueño debía terminar. Ira llegaría pronto con la leche, y era preciso que tuviese listas las vasijas para depositarla. Se preparaba a esmerarse con la mantequilla, porque había descubierto el medio de sacar de allí el dinero que necesitaba.

Salía a vender mantequilla por las calles de la aldea una vez a la semana. Su desvencijado y sucio carretón y su blanca yegua de andadura eran un espectáculo familiar para los vecinos. Ella era capaz de hacer mejores ventas que Ira, y él lo sabía; de manera que ella llevaba siempre los productos al mercado. Pero él pesaba y medía todo escrupulosamente, y ella tenía que darle cuenta del último centavo que vendía, y jamás se había permitido gastar ni lo más mínimo sin solicitar antes su permiso.

Haría mejor mantequilla y sacaría mejores precios; pero Ira no sabría nada del exceso de provecho en las ventas. Ese dinero sería suyo y de Jimmy. En el invierno podía sacar dos dólares extra, o quizá más cada día de mercado, vendiendo mantequilla, leche, huevos y manzanas; pero en el verano, cuando el maíz verde, las frambuesas y las patatas estuvieran en sazón, podía ahorrar... Cerró los ojos, no atreviéndose a llevar su sueño más lejos. Parecía demasiado magnífico, demasiado maravilloso, casi como si fuera a desvanecerse antes siquiera de que comenzara a ponerse en práctica.

—¿No vas a abrir la puerta?—dejóse oir la voz ahogada de Ira.

Ella se lanzó a la puerta y dejó entrar al corpulento hombre cubierto de nieve medio derretida. Traía dos cubos de leche humeante, pero el tercero estaba vacío. Martha recibió las dos vasijas llenas y miró interrogativamente el cubo vacío.

—El frío las seca terriblemente— fué su única respuesta.

Ella comenzó a vaciar la leche en las vasijas. El se mantenía junto al hogar viendo cómo levantaba los pesados depósitos. El silencio de su mujer le irritó.

—¿Adónde está Jimmy?—preguntó.

—Durmiendo fué la breve respuesta

—¿Durmiendo?—dijo él con escarnio.—Eres una gran cosa pa estar hablando de alta estución y dejando roncar al muchacho. ¡Durmiendo calientito y cómodo mientras que yo estoy batallando como un esclavo en el frío! ¿Así es cómo me consideras? ¡Me creo que estás imaginándote que lo vas a hacer uno de esos currutacos a juerza de dejarlo en la cama criándose haragán!

El hombre avanzó hacia el otro cuarto. Acercóse al chico dormido y lo sacudió casi ferozmente. Jimmy despertó sobresaltado.

—No me arrempujes más, papá. Ya me voy a levantar. ¿Es muy tarde?

El chiquillo rogaba como si se tratara de su vida.

—Mejor levántate de una vez; y te irá pior si te güelve a pescar durmiendo hasta tan tarde. No tengo aquí dengún hotel pa currutacos.

La voz del padre sonaba furiosamente. El aposento estaba muy frío; pero Jimmy echó una ojeada a las espaldas del macizo hombre, que obstruían casi el marco de la puerta, y comenzó a vestirse resueltamente.

Martha oyó vagamente el encuentro. El cubo vacío parecía mirarla; parecía casi befarla. Era como si dijera:

"No te voy a dejar ahorrar ningún dinero"; pero ella desechó las fantasías y siguió adelante con su labor.

La tempestad se había calmado y un sol deslumbrador iluminaba toda la blanca perspectiva. Grandes montones de nieve habíanse formado acá y allá dando a la comarca baja y ondulada un aspecto más accidentado. Martha miraba desde la ventana de su prisión. ¿Existía algo más desoladamente hermoso que el blanco universo que circundaba su celda? Si estuviera sufriendo la condena de algún juez no podría haber sido prisionera mejor guardada.

Muchas veces había pensado en esto, pero hoy no le parecía tan horrible. A decir verdad, sentía cierta belleza en el paisaje. ¡Si solamente el tercer cubo hubiera estado lleno!

El martes salió a la venta. Enganchó la yegua blanca al carro amarillo sin ruedas, especial para deslizarse sobre la nieve. Casi gozó con el viaje que siempre le había sido tan enfadoso. Quizás aquella noche comenzaría a reunir el fondo que iba a liberar a la mujer de Jimmy de la humillante tarea de vendedora ambulante. Las mujeres de la aldea la conocían tan sólo como la granjera que les traía la mantequilla.

Cuando era joven, la actitud de las otras mujeres la hacía sufrir. Echaba de menos la sociedad, ansiaba tener amigas entre las aldeanas; la vida de los otros parecía más agradable que la suya, metida siempre en la chacra con su marido. Ahora que se había acostumbrado a vivir aislada, no pensaba más en ello. Pero la mujer de su hijo viviría en sociedad, no en una villa camopsina, sino en la ciudad.

Manejó sus negocios con mejor éxito que nunca. Había vendido todo lo que trajo a la aldea. En la tienda de comestibles multiplicó, dividió y sumó en sus números torcidos y garrapateados. Y ahora un billete nuevo de un dólar reposaba muy cerca de su corazón. Lo deslizó allí furtivamente mientras atravesaba un largo trecho de bosque. El tercer cubo de leche se había mofado de ella en vano.

Contó el dinero del viejo portamonedas de cuero en la mano extendida de Ira. Hizo la cuenta de sus gastos y se le retiró el aliento mientras él revisaba las dos columnas. ¿Habría cometido algún error? Había mentido con impavidez a Ira: la primera mentira que hubiera dicho en su vida. Estaba sorprendida de lo fácilmente que había pasado todo.

El apartó el lápiz. Ella no se atrevía siquiera a mirarle, pero su austero silencio díjole que había hecho bien las cuentas en la aldea. Musitó una plegaria. Sentía cálido contra su pecho el billete de un dólar.

Mientras que Ira ordeñaba las vacas en el corral, sacó ella el dinero de entre sus ropas. En el anaquel más alto del aparador había una jarra de porcelana que había pertenecido a su bisabuela. Nunca la usaba; el dinero estaría seguro allí hasta que encontrara un sitio donde esconderlo.

Llegó la primavera. Los caminos estaban más malos que nunca, pero Martha guiaba alegremente el viejo y desvencijado carretón entre el mar de lodo, porque cada día de mercado un poco más de dinero encontraba el camino de la jarra. A veces era sólo cincuenta centavos, a veces dos dólares; pero ella guardaba cada centavo con el ansia de un avaro. A menudo, mientras Jimmy estaba en la escuela e Ira se ocupaba en el corral, bajaba la jarra y contaba su tesoro. Sabía las fechas de todos los billetes y de todas las monedas. Eran casi humanos; eran como sus amigos.

Jimmy crecía rápidamente haciéndose un robusto mozo. Obtenía siempre buenos puntos, y el día que se clausuró la escuela del distrito la maestra vino a decirle cosas muy satisfactorias acerca del chico. Por un instante pensó en comunicar su secreto

EL INCONVENIENTE



Es más chic que ir en automóvil, Jorge, pero no puedo ver los vestidos de las demás mujeres.

a la joven; pero algo la detuvo, quizá los largos años de habitual concentración.

Vino el verano y luego el otoño, y el dinero de la jarra aumentaba a tal punto que comenzó a preocuparla. ¡Si Jimmy o su padre fueran a encontrarlo! Decidió ponerlo en el banco; allí estaría más seguro. Ira no tenía fe en bancos. Su abuelo había perdido una vez cierta cantidad en la quiebra de un banco; pero ella prefería correr este riesgo antes de que Ira descubriese su tesoro.

Sacó uno a uno los billetes y las monedas de la jarra. Ató en un pañuelo su pequeña fortuna y deslizó el envoltorio dentro de su blusa.

Martha dió su pequeño paquete al hombre afeitado, de cabello obscuro, que estaba dentro de la casilla del banco. Preguntóle tímidamente si estaría seguro. El empleado estuvo tan cortés y afirmativo, que ella sintió gran alivio cuando el cajero puso el contenido en uno de los pulcros compartimientos de la caja. Escribió algo en un libro y se lo dió. Ella lo miraba silenciosamente mientras el hombre explicaba su uso. Empalideció. El dinero estaba mejor en la jarra. Era más fácil esconderlo que aquel librito de forma extraña.

—¿Puedo dejarle a usted este libro? ¿Será seguro?—inquirió con timidez.

El empleado tomó el libro asegurando que estaría seguro, y ella regresó satisfecha a la casa. Sentía un alivio que jamás había experimentado desde que principió a reunir el dinero en la jarra.

Echaba de menos su dinero. Muchas veces bajaba el vacío receptáculo y lo miraba con cierta expectación, pero sus ojos tropezaban tan sólo con el interior pintado de rosa de la jarra.

Pero conforme los días se hacían más largos encontraba ella que tenía muy poco tiempo para soñar. La cosecha del heno estaba en proceso, la tierra del huerto necesitaba removerse, las fresas silvestres estaban en sazón y había que dar de comer al mozo de labranza; pero ella trabajaba llena de ardor porque la suma del banco seguía creciendo.

Jamás había vuelto a hablar con Ira de la educación del chico; él, evidentemente, consideraba el asunto del todo definido. Ella estaba contenta; aquello facilitaba su tarea.

Vino otro invierno y se desencadenaron tempestades y la nieve se amontonó en grandes montecillos en torno de la casa; pero Martha no se sentía ya prisionera. Ira estaba casi fuera de su vida. Continuaba a su lado ciertamente. Ella le preparaba las comidas, remendaba su ropa y dormía en su lecho; pero no existía ya en su pensamiento. Martha tenía únicamente dos compañeros: su hijo y la columnita precisa en la libreta del banco. ¡Cuán bien conocía ella aquellas cifras que se destacaban en tinta negra!

Jimmy tenía catorce años. Apenas parecía posible; y, sin embargo, cuando Martha le contemplaba en el campo mientras removía los montones de heno para formar los haces, parecía más hombre que su padre. Unos cuantos años más de espera y Jimmy vendría a verla de la ciudad, no vistiendo harapientos zaragüelles azules de algodón, sino trajes de las tiendas, como los que ella había visto pintados en los catálogos de ventas por correo.

Pensó en el banco, el santuario adonde realizaba un peregrinaje semanal. Aquellos años habían sido difíciles. En ocasiones, la pequeña columna del banco se mantenía igual por semanas enteras. Hubo una sequía durante la cual se perdieron las cosechas y las vacas dejaron de producir la espesa leche que hacía su mantequilla superior en toda la comarca. Hubo otra estación de lluvias en que las patatas se pudrieron en las sementeras. Pero, a pesar de todo, la suma había aumentado.

Y Martha había guardado su secreto. Hubo veces en que estuvo a punto de hablar de su tesoro. Cuando se debían las contribuciones y no había dinero para pagarlas, sentíase ladrona; pero robaba para su hijo. Cuando Jimmy se desalentaba en sus estudios, ella sentía impulsos de estrecharle en sus brazos y decirle del brillante porvenir que le había preparado. Pero el temor de que Ira llegase a conocer sus esperanzas la hizo refrenar sus deseos de decírselo a Jimmy.

El joven se había graduado en la escuela del distrito en junio. Obtuvo las notas más altas que jamás habían sido otorgadas en su clase. ¡Cuán orgullosa se sentía Martha del último testimonio! Lo guardó detrás del reloj de la chimenea para poder contemplarlo a menudo.

En el otoño Jimmy iría al liceo de la villa. Nunca había hablado ella con Ira de este asunto, después de la tormentosa noche de hacía cinco años. Solamente se lo había dicho a sí misma día tras día, semana tras semana y año tras año desde que el chico se apretó por primera vez contra su pecho. Temía el encuentro con Ira. ¿Qué haría ella si él se negaba absolutamente a que Jimmy fuera al liceo de la villa? Rechazaba siempre temblando tal idea y murmuraba silenciosamente una plegaria para que le fuera concedido vencer su oposición.

El verano transcurrió rápidamente, con demasiada rapidez para Martha, pues cada nuevo sol significaba un día más de proximidad a la temida decisión. Sentíase como el sentenciado a muerte aguardando un día y otro día el ruido de las llaves del verdugo en la cerradura de la prisión.

Faltaban tres días solamente para la apertura del liceo. Necesitaba decírselo a Jimmy: él debía saberlo antes que su padre. Lo hizo venir del campo de patatas con pretexto de necesitar un cubo de agua. El muchacho vino corriendo, tan lleno de vida y de fuerza que apenas sabía ella cómo manifestarle su ardiente deseo.

—No necesito denguna agua, Jimmy. Sólo quería hablarte, eso es too.—Miró fijamente el gran hueco negro del nudo de la madera en el pavimento de pino.—Tú te vas pa el liceo el lunes.

El muchacho la miró atónito por un momento y luego sonrió dichosamente.

—¿De veras, mamá?

—De veras—respondió ella brevemente.

El muchacho, habitualmente estoico y poco demostrativo, la estrechó entre sus brazos y la besó. Martha jamás olvidó aquel beso; la hizo estremecer como el beso de un amante.

—¿Lo sabe mi papá?—preguntó, dejando caer desmañadamente los brazos.

—No; y no le gustará tampoco; pero no hagas caso. Too lo arreglaremos nosotros. No pués tener vestidos nuevos ahora; ¿podrás aguantar un poco con esos?

Ella sabía bien que Ira jamás consentiría en darle dinero para comprar vestidos al muchacho, y sacarlo de sus ahorros habría sido revelar su secreto. ¿Hablaría ahora a Jimmy de la universidad y de sus planes? No; todavía había mucho tiempo que esperar e Ira se incomodaría.

—Nada se [illegible] da de la ropa; yo ganaré después cualquiera cosa una vez que me haya ido a la villa.

Miró a su madre tímidamente por un segundo. Quería darle las gracias, pero las palabras no acudían. Bajó los ojos al suelo.

—De veras, mamá, eres muy buena—dijo bruscamente, y salió de carrera en dirección al campo.

Ella le miró orgullosamente. Entonces, él quería ir al liceo; él también ansiaba la educación tan intensamente como ella quería que la tuviera. El había sido un chico reconcentrado; jamás había tenido confianza con ella. Pero la había besado. Ahora lamentaba ella los años que había refrenado sus impulsos de acariciarlo. Algo la había retraído siempre. Jamás le había mimado, jamás le había dicho cuán orgullosa se sentía de él. Pero, en cierto modo, aquel beso revelaba que el muchacho había comprendido.

El lunes por la mañana empaquetó el almuerzo de Jimmy en la fiambrera.

El muchacho iría a pie a la villa, porque tres millas nada significaban para él, acostumbrado a vagabundear toda su vida por campos y collados. Pero Ira nada sabía. Estaba ordeñando las vacas en el corral mientras Jimmy removía el heno en el henil. Martha contemplaba el tétrico paisaje de otoño apenas iluminado por la luz del amanecer. Veía arremolinarse en el suelo las amarillentas hojas. Deliberadamente se arrancó de la ventana y puso la fiambrera sobre la mesa donde estaba servido el desayuno y donde Ira pudiera verla apenas regresara del corral. Atizó el fuego. El día parecía inusitadamente frío.

Ira entró. Puso los cubos en el suelo cerca del barreño. En seguida se acomodó en su silla delante de la mesa donde estaba puesto el desayuno. Martha tembló. Deseaba que Jimmy se apurase y viniera cuanto antes. Le oyó llegar al extremo del cobertizo, luego abrir la puerta de la cocina. ¡Gracias a Dios que llegó antes de que hablara su padre! Ahora que veía asomar la nariz del verdugo no podía resolverse a resistir sola la prueba.

—¿Pa qué es la fiambrera? No voy a dengún lado hoy—dijo Ira. Su voz era casi un gruñido. Hubo un silencio de un segundo; luego Martha se enderezó. ¿Por qué había de temerle? ¿Por qué había de dejar a esa bestia gruñona atravesarse entre su hijo y el gran mundo?

—Jimmy va a entrar esta mañana al liceo—dijo con tal calma, que ella misma se asustó.

El hombre se estremeció como quien recibe un golpe inesperado y miró a su mujer puesto en jarras. Sus labios estaban lívidos, sus ojos eran dos bolas inflamadas. No obstante, Martha, al mirarle, no se inmutó.

—Jimmy no va al liceo. Jimmy ha tenío too lo necesario de escuela. ¿No te lo dije?

Levantó la mano para golpearla.

Jimmy se precipitó y cogió la mano de su padre. El manejo del heno y el arado, y el levantar fardos pesados le había dado la fuerza y los músculos de un hombre. Era más fuerte que su padre, porque era más flexible y cada tendón conocía sus deberes. Antes de que Ira tuviera tiempo de recobrarse, Jimmy le sujetó la otra mano. Por un momento oprimió contra sus costados las manos de su padre y le miró derechamente en los ojos enrojecidos por la rabia.

—Papá, me voy al liceo; no puedes contenerme. Mamá quiere que vaya y yo quiero ir. Tú no le pegas a mi mamá. Si lo llegas a hacer, te entenderás conmigo. ¿Me oyes?

Jimmy había hablado en un murmullo contenido. El hombre comenzó a jurar y a debatirse, pero el muchacho lo rechazó arrojándole sobre la silla.

—¿Juras que no tocarás a mi mamá?—preguntó.

El hombre se vió dominado. Sentía la rodilla del muchacho sobre su estómago, las manos de acero apretándole los puños, y el aliento ardiente, iracundo, de su hijo rozándole la mejilla.

—Sí—respondió.

Jimmy aflojó su garra, cogió la fiambrera y salió sin añadir una palabra. Todo estaba tranquilo, y Martha contemplaba desde la ventana de la cocina a su hijo que avanzaba a grandes pasos por la carretera. No veía los zaragüelles azules ni los pies descalzos. Sólo sabía que el joven había luchado por su libertad y había vencido.

Ira terminó su desayuno y se dirigió a la puerta. Luego, volviéndose súbitamente, con los ojos inyectados por la rabia:

—Ganastes con el liceo, pero te prevengo que no ganarás con la universidad a menos que el muchacho pase por encima de mi cuerpo. ¿Oyes bien lo que te digo? Ni un centavo de mi plata será pa su estrución.

Cerró la puerta violentamente. Luego oyó ella aullidos de dolor. Comprendió que estaba azotando al perro.

¿Por qué habían de preocuparla sus amenazas? Ella sabía que Jimmy iría a la universidad. Cuatro años de ventas ambulantes harían que la pequeña cantidad ascendiera a una suma que ella e Ira jamás habían poseído. Martha entonó una canción; el perro se quejaba todavía. Pareció a Martha que el hombre y el animal debían experimentar algo semejante: ambos habían sido castigados.

Martha observaba a su hijo muy de cerca. El mancebo trabajaba de firme; muchos testimonios con notas que la hacían sentirse orgullosa se acumulaban detrás del reloj. Ella los guardaba celosamente para que Ira no destruyera aquellas preciosas hojas de papel que demostraban los progresos de su hijo, acercándole cada vez más y más a la ciudad.

Ella lo substituyó en los campos, trabajó con Ira en arar y remover la tierra, haciendo toda clase de esfuerzos para reemplazar la ayuda de que le había privado. El aceptaba todo sin una palabra de gratitud. Había momentos en que la miraba como si quisiera cogerla por la garganta y estrangularla.

Martha estaba satisfecha de que Jimmy jamás tuviera ojos para las muchachas de la vecindad. Nunca había hablado de las alumnas del liceo ni había pedido un caballo para "echar prosa". No se casaría con una muchacha del pueblo. Había de casarse con alguna joven alta y esbelta de la ciudad.

Ahora que Jimmy estaba en el liceo, era más difícil que nunca para la madre conservar su secreto. Cuando le veía estudiando sus lecciones a la mortecina luz del candil habría querido decírselo; cuando salía de la casa arrostrando un viento tempestuoso, habría querido decírselo. Continuamente sentía este gran deseo; pero siempre lo rechazaba.

Llegó junio. Sólo tres años más, ciento sesenta y seis visitas más al banco y traería el librito para ponerlo en manos de Jimmy. Luego él se iría. Sufría ella al pensamiento de separarse de su hijo, pero el sacrificio era necesario en obsequio a su porvenir.

Transcurrieron los tres años. Había hecho su último depósito en el banco. Las diminutas cifras negras sumaban ahora lo más que era posible reunir antes de que diera a Jimmy el librito oblongo. Debía graduarse el viernes y esto pasaba el jueves. Pidió la libreta al empleado, y cuando éste se la alcanzaba a través del enrejado, la recibió ella como algo sagrado. Era el pasaporte de su hijo para el mundo exterior.

Jimmy había ganado algún dinero trabajando en el pueblo, y se había comprado un terno de ropa para la graduación. El vestido de sarga azul obscuro le hacía parecer más guapo. Su cabello fino y suave, que se rizaba en ondas infantiles a despecho de que lo humedecía continuamente, le hacía semejarse al chiquillo de otros tiempos; pero los pantalones largos y su voz gruesa y viril decían nuevas historias.

Jimmy estaba encargado de pronunciar el discurso de despedida. Durante muchas horas se había sentado Martha a escuchar el ensayo que había escrito para esta ocasión.

Ella habría deseado verle cuando pronunciara su discurso en el escenario del teatro; habría deseado escuchar los aplausos cuando su hijo terminara de hablar, y hallarse presente en el momento en que la persona más caracterizada de la asamblea le ofrecía su diploma. Pero no había sido posible. Tenía que esperar hasta que él llegara a la casa para decirle el regalo de graduación que le había preparado. Con dificultad podía conservar sus manos alejadas

del reloj donde estaba oculta la libreta del banco.

Jimmy le había suplicado que viniera. Habíale mostrado el pequeño billete que le daba derecho a un asiento cerca de la tribuna; pero ella no pudo asistir, porque no tenía vestido con que presentarse. Había depositado en el banco todos los centavos que pudo reunir.

Jimmy estaba listo. Ella sentíase a punto de llorar. Deseaba que él la rodeara con sus brazos y la besara otra vez como la había besado cuatro años antes. El se volvió súbitamente. Quizá iba a regresar; no, sólo dijo algunas palabras:

—Mamá; cuando vuelva me parece que vas a ser muy feliz.—Y partió sin que ella tuviera tiempo de pedir explicaciones.

Martha lo vió avanzar por la carretera, pasar delante del cementerio de la iglesia casi abandonada y luego un brusco recodo del camino lo ocultó a sus ojos.

¡Pero nunca iba a volver? Los minutos parecían horas. Había trabajado con el arado, terminado el latido de la mitad de semana y lavado la cocina; ahora escudriñaba el camino iluminado por los rayos postreros del sol poniente.

Jimmy no estaba a la vista; sólo un carruaje cubierto venía por la carretera. Ya era tiempo de que estuviera de regreso en la casa. Había prometido a su madre que volvería antes del baile a poner el diploma en sus manos. ¡Cuán orgullosamente recibiría ella el enrollado papel! Jimmy le había dicho que estaría enrollado y atado con una cinta azul. Luego ella lo abriría y vería el nombre de su hijo impreso en grandes letras de molde. Pronto estaría en su marco y colgado en la sala. Cuatro años más tarde habría otro para hacerle compañía, diciendo que Jimmy se había graduado en la universidad.

Rebuscó detrás del reloj y sacó la libreta del banco. Formaba un ángulo cuando la metió debajo de su blusa, pero aquello no importaba. Quería tenerla lista para ponerla en manos de Jimmy en el mismo momento que entrara en la casa. Sacóla otra vez de entre sus ropas y contempló aquellas diminutas cifras que representaban los nueve años más llenos de su vida; años en que había luchado por una ambición, por un objeto; y ahora, a despecho de Ira, a despecho de los elementos y a despecho de todos los obstáculos, iba a ver sus esperanzas realizadas. Jimmy iría a la universidad.

Oyó ruido de pasos en el zaguán y apresuradamente empujó de nuevo el libro debajo de su blusa. Allí estaba Jimmy en el portal, y detrás de él... ¿podía creer a sus ojos? Se los frotó con las manos... ¡Sí; detrás de él había una joven de ojos obscuros vestida de blanco!

—Mamá, aquí tienes a Elsie Hártwell. Se graduó conmigo esta tarde. Acabamos de casarnos. Espero que podremos vivir aquí hasta que nos establezcamos en nuestra propia granja.

Martha cruzó las manos sobre el pecho. Sentía las esquinas ásperas de la libreta. ¡De cuán distinta manera pensaba ella saludar a Jimmy cuando viniera a la casa! Ahora se había casado y pensaba establecerse en una chacra. Elsie llevaría la misma vida de trabajo ingrato; Jimmy lucharía con los elementos. Su sacrificio había sido en vano.

—Mamá ¿no estás contenta?—preguntó Jimmy. Sorprendíale el silencio de su madre.

—Sí, Jimmy; estoy muy contenta, —pronunció ella con dificultad en medio de su estupor. Tomó entre las suyas la mano de la joven.—Pueden usar el cuarto libre todo el tiempo que quieran.

Jimmy y Elsie habían vuelto a la sala del teatro para la recepción. Ira ordeñaba las vacas y Martha estaba sola.

Bajó cuidadosamente las persianas y sacó de su pecho la libreta del banco. Miró las cifras por un momento. ¡Cuán acerba era su derrota! Ira triunfaba; Jimmy no iría a la universidad. Pero no debía llorar, no debía demostrar que aquello la hacía sufrir. Miró de nuevo las cifras.

¿Daría a Jimmy ese dinero para ayudarle en su nueva vida? De poco le serviría, porque la joven lo gastaría en frivolidades. No, no podía sufrir que esta muchacha advenediza derrochara el dinero que tantos años había tardado en reunir. Nadie sabía de su tesoro: era su secreto y lo sería siempre. Puso la libreta detrás del reloj; apretábase allí contra los testimonio.

Miró la hora. Eran las ocho y media. Jimmy y Elsie estaban bailando. Nada sabían de su pesar. Entonces le vino la idea: "Quizá tengan un niño, y entonces lo mandaré a él a la universidad".

El tic tac del reloj continuaba con regularidad, la luz mortecina ardía como de costumbre e Ira regresaba del corral. Había sido vencida, pero su secreto estaba en salvo.

Helen PAGE.

DE LOS GRANDES

José de San Martín

Cuando la libertad entra en la aurora
surge imponente su genial figura,
tiene su talla la suprema altura
de la heráldica estirpe vencedora.

Es la intuición ferviente, triunfadora,
que del tiempo en el mármol se perdura,
el astro rutilante que fulgura
y con su luz un continente dora.

Su no vencida espada de pelea
abre fecundos surcos sobre el suelo
en que germina con vigor la idea.

Y, signo de su gloria soberana,
un cóndor augustal abate el vuelo
sobre la excelsa cumbre americana.

Manuel Belgrano

Militar ciudadano, realizaba
la dualidad virtual del patriotismo
que con firme constancia y heroísmo
el triunfo a la victoria disputaba.

Con ardorosa fe se batallaba
llevando al sacrificio su estoicismo,
y con glorioso olvido de sí mismo
a la soñada libertad se daba.

Vencedor de los fuertes vencedores,
entregó al sol radiantes los colores
que bautismaron la argentina tierra.

Corazón abnegado y generoso,
en nuestro amanecer esplendoroso
es la cívica acción armada a guerra.

Mariano Moreno

Apóstol inspirado de la idea
que generó la acción libertadora,
democrático heraldo de su aurora,
anuncia el sol que fúlgido clarea.

Nunca lidió en los campos de pelea,
porque su fe patricia redentora
era la aspiración batalladora
que en la tribuna y en el libro crea.

De un ideal ilustre peregrino,
soñando con la patria y su destino
se duerme de la vida en el desmayo.

La visión del futuro ungió su mente
y fué tenaz, intrépido, elocuente,
el pensamiento gestador de Mayo.

Fray Justo Santa María de Oro

Hay gloria en su evangélica figura
que del blanco sayal surge severa.
Fué la pasión libérrima y austera
rompiendo de los claustros la clausura.

Su majestad de ilustre investidura
la religión del patriotismo acera,
ama la democracia y de ella espera
el porvenir que por su Dios nos jura.

Tiene el hondo poder de la elocuencia,
ansiedad de absoluta independencia
y un ideal de redención humana.

Es el vibrante espíritu argentino
que impone de su pueblo en el destino
el triunfo de la fe republicana.

Gregorio A. de La Madrid

Cual el violento alud de las montañas
se arroja sobre el campo del combate,
es su temible, vigoroso embate.
homérico historial de sus campañas.

Son sus victorias a la ciencia extrañas.
Con temeraria intrepidez se bate,
dejando que en desorden de desate
el turbión de sus ínclitas hazañas.

Guerrero y trovador canta sus cuitas
en vehementes endechas regionales,
vibradoras y dulces vidalitas.

Tiene el temple viril del libertario
y encarna en nuestros fastos nacionales
el valor romancesco y legendario.

Bernardino Rivadavia

Sondando de los tiempos en lo obscuro.
su brillante visión de iluminado,
rompió con las influencias del pasado
para marcar la línea del futuro.

Iba de cara al sol, firme, seguro,
con la fe misional de un destinado
a cumplir con espíritu avanzado
su sueño de estadista grande y puro.

Si glorias altas el amor patricio
puede ufano cantar, una es su gloria,
expresión de talento y sacrificio.

Los años van, el pensamiento vuela,
mas vivirá por siempre su memoria
en el augusto templo de la escuela.

Diego FERNANDEZ ESPIRO.

El juramento y su historia

La práctica de jurar es tan antigua como universal. El poner a la divinidad, en sí misma o en sus criaturas, por testigo de una afirmación o una negación, es cosa tan arcaica, que los griegos llegaron a creer con Pitágoras que este mundo era ya consecuencia de un juramento hecho por Zeus. La Biblia nos presenta a Jehová jurando multiplicar la descendencia de Abraham hasta el infinito.

C[illegible] en extremo erán las fórmulas con que los antiguos acompañaban sus juramentos. Los hebreos ponían la mano debajo del muslo de la persona a quien prestaban juramento, como lo hizo el mayordomo de Abraham cuando se disponía a ir en busca de una esposa para el hijo de su señor; los griegos alzaban la mano al cielo, jurando por Zeus, aunque también ponían por testigos de sus promesas a otras divinidades menores, a Minerva los atenienses y a Cástor los espartanos; y en Roma era muy frecuente jurar tirando una piedra al suelo, a cuya extraña fórmula se llamaba "jurare per Jovem lapidem", jurar por la piedra de Júpiter. Los antiguos egipcios juraban por sus dioses, y también por sus templos y sus altares, costumbre que de ellos copiaron los israelitas y que Jesucristo condenó en el Sermón de la montaña. Los persas de hoy todavía hacen lo mismo, lo cual no deja de tener gracia, porque para los mahometanos no es válido ningún juramento si no está hecho por Alá, el dios del cielo.

Un juramento muy pintoresco es el que los héroes de Homero hacen al final del tercer libro de la "Iliada", derramando vino por el suelo y pidiendo a Zeus que, si entre ellos hay algún perjuro, sean sus sesos y los de sus hijos esparcidos por tierra, como aquella bebida. Los romanos juraban por la diosa Buena Fe, aunque cada profesión solía apelar para los juramentos a su divinidad particular. Era popular la creencia de que los dioses también podían comprometerse por juramento, y que juraban siempre por la laguna Estigia. Los antiguos caudillos militares de Italia acostumbraban jurar extendiendo sus espadas desnudas sobre una chancha.

Como juramento raro puede citarse el de Pitágoras, que generalmente juraba por el número cuatro.

Con el cristianismo el juramento tomó un carácter más religioso, sin perder la importancia política que ya antes tenía, y se hizo costumbre jurar por la cruz, por los Santos Evangelios o por las reliquias de los santos. Los guerreros juraban sobre la cruz de su espada, y cuando no había a mano diestra, se improvisaba una cruz cruzando dos objetos cualesquiera y besando en el centro: dos dedos de la mano podían servir para el caso, y de aquí vino la costumbre popular de prometer "por éstas, que son cruces".

La leyenda pinta al Cid Campeador tomando juramento a Alfonso VI, en la iglesia de Santa Gadea, sobre una ballesta y un cerrojo, probablemente cruzados.

Al juramento sobre la cruz de la espada, sustituyó en los militares la jura de las banderas, cruzando éstas, o una sola bandera con una espada. Hoy ya no se hacen, como en otro tiempo, juramentos en el mismo campo de batalla. Estos solo podían exigirse a los combatientes cuando éstos tenían frecuentes oportunidades de pelear de cerca, sin tener que sujetarse como ahora a la táctica del jefe. En las guerras de la revolución francesa, es famoso el juramento de Montenesimo. Mil quinientos soldados republicanos juraron sobre su bandera defender un importante reducto, y cumplieron su juramento, obteniendo una brillante victoria sobre el enemigo.

La parte chistosa de la historia del juramento, la encontramos en Francia, durante la época de las antiguas corporaciones de artes y oficios. Todos los patronos estaban obligados a jurar que desempeñaron su oficio a conciencia: los libreros prometían no pedir demasiado dinero por los libros y poner sobre cada uno de éstos el precio, en sitio bien visible; los reposteros y cocineros juraban que no venderían vianda alguna que antes no quisieran probar ellos mismos, y los boticarios, que, dicho sea de paso, juraban en latín, se comprometían a no dar ningún purgante sin orden del médico, a no despachar venenos y a no revelar los secretos de su arte.

La vida a sueldo

El enemigo

¿Habéis tenido alguna vez que pagar un impuesto, deponer una reclamación, averiguar un dato, solicitar algo en fin de estos señores distraídos y pausados que están sentados atrás de una ventanilla y llevan una lapicera sostenida en la oreja? Si nunca habéis corrido esta terrible aventura, no sabéis nada todavía de vuestro valor ni de vuestra paciencia. Los folios, las cesantías, los expedientes, los pagarés, la regularidad desesperante de sus días, han creado en estos señores lentos y aburridos una grave, una incurable dispepsia que les mantiene en constante irritación. ¿Dispepsia, hemos dicho? Nosotros creemos, con los más famosos sabios, que todas las cosas tienen su causa y su razón.

¿Cómo hacernos gratos a este ceñudo funcionario en saco de lustrina que va a prestarnos el enorme, el inapreciable favor de recibirnos el importe de nuestros impuestos? Nos hemos acercado con movimientos tímidos y suplicantes. Hemos insinuado nuestro asunto con gesto cordial y sonrisa amable, como si en lugar de hablar a un viejo señor de barbas sucias y mal cortadas, de bigotes colgantes, de dientes amarillentos, habláramos a una coqueta niña bonita. Pero, atrás de su ventanilla, el funcionario que nos ha tocado en suerte es en verdad irreductible. Ha echado sobre nosotros una mirada terrible, fulminante, una mirada—¿cómo diríamos?—una mirada de empleado público. ¿Nos ha contestado? No lo sabemos. Ha sido un gruñido, confuso y oscuro como todos los gruñidos. Nosotros, sin embargo, conocemos algo del lenguaje y las costumbres de estos sitios. Pensamos entonces, tras breve indecisión, que el enemigo ha dicho: "No es aquí".

"¡No es aquí!" ¿Hay alguna oficina que sea para alguien la oficina que busca? ¿No hemos subido cien escalones, no los hemos bajado otra vez, no nos hemos acercado a diez ventanillas distintas, sin encontrar la ventanilla que buscamos? Nadie quiere recibirnos el importe de este impuesto que queremos, que anhelamos pagar. Y entretanto, un funcionario invisible nos conmina día tras día, nos quita la tranquilidad, nos angustia, nos desespera, con la amenaza de sus terribles citaciones, de sus multas, de sus apercibimientos...

Juan González, empleado público

Juan González es un hombre delgado, anguloso. Va pulcramente vestido, con ropa vieja y lustrosa; usa anteojos y es un poco calvo. Hace las cosas muy espaciosamente; pone mucha conciencia en todo lo que es pequeño y no se ocupa para nada de lo que es grande.

Juan González es empleado público. No se crea que un empleado público es una cosa vulgar. Es un hombre que consume sus horas en extraordinarios quehaceres. A veces es el extraordinario trabajo de no trabajar en nada. Nadie sabe todo lo que cuesta, en ardides y en paciencia, no trabajar en nada. Otras veces son extrañas tareas, insondables, misteriosas. Este Juan González de mi historia es auxiliar en la Dirección de Meteorología. No puede ser vulgar, pues, un hombre que trabaja con los astros.

La vida de Juan González tiene, cada seis años, un instante particularmente trágico. Ha cambiado el gobierno. Es decir, digámoslo mejor: es un gobierno nuevo. ¡Cómo le preocupan ahora a Juan González las pequeñas cosas de la oficina! En las largas sobremesas de todas las noches se analiza hasta en su último detalle el posible porvenir burocrático de Juan González. El cerebro de Juan González y el de su cónyuge no tienen más que una circunvolución: esta circunvolución empieza en la idea de la cesantía y acaba en la idea del ascenso. Todo lo que ellos hacen concurre aunque sea indirectamente al objeto más o menos remoto del ascenso. Hasta las empanadas criollas que la esposa suele amasar para cierto doctor Ramírez, su conocido, que ha sido por siete veces candidato a una diputación.

El nuevo gobierno ha renovado, pues, los temores y las ansias de Juan González. Son temores de cesar y ansias de ascender. Ha abierto, como consecuencia, una nueva serie de obligaciones sociales a cumplir. Las relaciones de antes ya no sirven. Hay que comenzar a buscar otras más útiles. Hay que renovar las adulaciones. El doctor Ramírez no tendrá más sus empanadas del domingo. Es preciso buscar nuevo destino a estas empanadas dominicales. Ahí está la tragedia de mi ciudad, la tragedia de Juan González. Es una dolorosa necesidad que le tiene inquieto y malhumorado. Los hombres son nuevos: Juan González no sabe a quien adular.

Porque la personalidad de un empleado público no concluye nunca dentro de los límites visibles de su mismo individuo. Hay siempre atrás una sombra, de mayor tamaño, que la completa. Es el doctor Ramírez de todos los empleados; es la fuerza, la tranquilidad, la razón de ser de estos empleados adentro de sus oficinas. Ahora los doctores Ramírez del régimen anterior no sirven para nada. Juan González mira en su rededor y busca desesperado la sagrada sombra protectora que ha perdido.

Un mundo en una oficina

A las cuatro de la tarde, la vida de la oficina se interrumpe. Todos los días a esa hora, invariablemente, suena una bomba y entra el té con leche. La bomba, así, tiene la regularidad de los hombres y las cosas pequeñas. La oficina la espera: la oficina sabe que vendrá. Estas bombas—las dos bombas diarias que todos conocemos—están en la vida de nuestra ciudad como cosa regular y necesaria. Mejor dicho: es nuestra vida misma que está en esas dos bombas como en dos únicos latidos colosales. Necesitamos, evidentemente, dos buenas bombas por día. La bomba es el atributo más acabado de la alegría y de la vida. A veces anuncia sangrientas catástrofes lejanas. Pero la bomba es siempre una esperanza feliz.

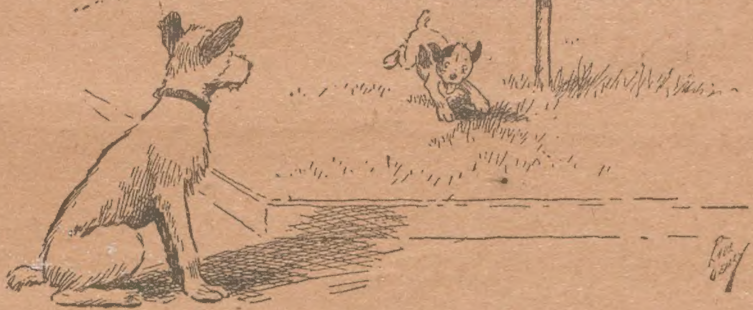
A las cuatro de la tarde entran ambas cosas en la oficina de mi historia: la bomba por la ventana abierta y el té con leche por la puerta. Entonces se produce un pequeño, invariable incidente. La bomba es para alguien el llamado de un mundo lejano. Un viejecito nervioso que escribe a máquina se levanta de su asiento. Este viejecito lee cosas muy raras y admira a Francia por la habilidad con que procedió a repoblar de truchas los ríos del Senegal después de la famosa peste de las truchas de 1876. Simultáneamente, se ha levantado también de un vecino escritorio un grueso señor de marcada apariencia criolla. Este señor —que es radical—siente en cambio por Alemania una instintiva predilección aunque, a decir verdad, no tiene como mi viejecito una razón importante para preferirla. Sabe de Alemania lo que del Beluchistán. Es y sigue siendo germanófilo por defecto de nacimiento. La germanofilia es su color espiritual. Radical, podría decirse de él que es, por absoluto, germanófilo. Pero mejor y más sencillamente yo lo definiría como un último criollo: Juan Moreira hubiera sido germanófilo.

Son dos fuerzas opuestas que se buscan. Son las dos fuerzas que dividieron eternamente al mundo. La guerra ha terminado: la discusión de estos dos hombres continúa. Ya están en contacto, en el patio neutral de la casa, el viejecito que lee cosas raras y el señor grueso que tiene por el mate amargo y por el Kaiser una misma afición. ¿De qué van a hablar? ¿Está o no vencida la Alemania del cerrado germanófilo? He aquí que el viejecito —que ha leído por la mañana los telegramas iguales de cinco diarios diferentes—arrastra al otro en un viaje prodigioso que comienza en la Marne y termina en la Dobrudja, con una breve ojeada intermedia sobre Salónica. La Dobrudja, la Eslovaquia, el Narajowca... ¿Qué pueden importarle estos extraordinarios nombres al criollo de nuestra crónica que nunca pasó de Barracas al Norte? ¿Qué tonteras son esas de la Conferencia de París? El sigue admirando la causa germana sin darse el trabajo de buscar razones. ¡Ausencia de razones: he aquí la razón de todas las grandes, la sólidas admiraciones!

Ya ha agotado toda su política y toda su estrategia el simpático viejecito nervioso de nuestra historia. Ya ha dicho su discurso diario, donde hay miles de hombres que triunfan sobre miles de hombres, tratados y convenios estupendos, reyes y gobiernos que caen, naciones nuevas que nacen, naciones viejas que resucitan. ¿No lo ha anunciado así la bomba de ayer y la bomba de hoy? Nuestro viejecito ha dado la espalda a su interlocutor y ha vuelto a su mesa con una llama de triunfo en la mirada. Día tras día, estas bombas de las cuatro de la tarde le van arreglando el mundo a su agrado. Ahora reanuda la nota interrumpida y comienza en la máquina un golpeteo afiebrado, marcial, que parece de tambores.

"... de este decomiso, porque de acuerdo con las disposiciones vigentes sobre exportación de frutas frescas..."

Roberto GACHE.



—¿No sabes que no se debe pasar por ahí?
—¡Yo no sé leer!

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre. 5.00		Semestre 6.00
Año. 9.00	Semestre. 4.00	Año. 11.00
N.° suelto. . 20 cts.		N.° suelto. . 25 cts.
N.° atrasado. 40 ..	Año. 8.00	N.° atrasado. 50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184, Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAGINAS OLVIDADAS

MUJER DE ARTISTA

Era más de media noche, mucho más. En las calles no se oía ruido alguno, la casa estaba profundamente silenciosa. Sólo, de vez en cuando, el sordo rodar de un carruaje sobre el empedrado. Frío agudo, cielo azul profundo en que las estrellas titilaban incansables...

El, en su cuarto, la miraba dormir, tranquila, en el lecho caliente, allí donde no alcanzaba la luz de la lámpara dirigida con fuerza por la pantalla sobre un montón de papeles en el escritorio revuelto.

Se había detenido porque le dolía la mano, de hacer correr la pluma durante tantas horas, sin descanso, y porque sus ojos fatigados duplicaban las líneas de lo escrito e interponían una niebla vaga e impenetrable entre él y las garabateadas carillas. Pero, notando que el sueño lo vencía y que la cabeza pesada estaba a punto de caerle sobre el pecho, se levantó y se lavó con agua helada, largamente, hasta tiritar en la habitación tibia por el encerramiento y el humo de los cigarrillos, repuestos sin intervalo alguno.

El ruido inusitado que hizo no la despertó; volvió entonces a la mesa y se puso a escribir, febril, con los ojos bien cerca del papel; y los renglones brotaban de su pluma, uno tras otro, con rapidez vertiginosa, mientras la mano izquierda, apoyada sobre el margen de la carilla, le temblaba nerviosamente.

De pronto se interrumpió. No podía más. El estómago le gritaba, implacable; el cerebro, como coagulado, se negaba a producir una sola idea; la mano, entumecida, no podía continuar sosteniendo la pluma; en la base del pulgar sentía una punzada agudísima y continua; la luz de la lámpara le parecía menos intensa, el cuarto más frío cada vez, la tarea más penosa, más imposible de terminar.

Al retirarse de la imprenta, le habían encomendado aquella monografía "para el día siguiente bien temprano" sin detenerse a pensar en su extensión, sin tener en cuenta que, aun descansado y no después de tantos días de fatiga extraordinaria, le hubiera sido imposible llevarla a cabo.

— ¡Oh!—pensaba,—escribir, escribir siempre, sin tregua, sin descanso, como máquina, para ganar apenas con qué sostenerme, con qué sostenerla...

Y recordaba su vida, tantos años atado a la mesa de las redacciones, clavado frente al escritorio en su casa, haciendo brotar carillas y carillas que se convertían en arroyo, en río, en mar, en océanos de papel escrito, mal o bien, con el alma primero, con la cabeza después, con la mano, únicamente con la mano ahora que la miseria le tenía en zozobra continua, rotas sus ilusiones, desvanecidas sus esperanzas, amargamente convencido de que todos los caminos se cerraban para él...

Se levantó en un rapto de ira:

—¡No trabajo más! —A la buena de Dios!—exclamó.

Tambaleando como un ebrio acercóse a la cama en que dormía su esposa, y apoyándose en la orilla le dió un beso en la frente.—Ella despertó por la sensación eléctrica que aquellas caricias producían en su alma, más que por haberlo sentido materialmente.

—¿Ya acabaste? — preguntó con dulzura.— Pobrecito, ¡cuánto trabajas!

—No, no he acabado. No puedo más. La pluma se me cae de los dedos. He perdido la atención. ¡Estoy muerto de cansado!...

—Acuéstate — murmuró María. — Mañana terminarás.

Y estas palabras insignificantes semejaban el eco de un cántico de amor, aunque la esposa supiera que no terminar aquel trabajo era condenarse a muchos días, quizá meses, de inacción—de miseria y sufrimientos en consecuencia.—Sobrevendrían las dificultades con el casero, agrio ya y exigente; con los proveedores, con todo el mundo... el martirio de tantos años, recrudecido otra vez. El lo pensó también, y su decisión de no seguir trabajando desvanecióse, ahuyentada por el amargo remordimiento de aquella vida de sacrificio que no era la suya, y que por su culpa se arrastraba así, cuando debía ser un manso vuelo...

—No, no me acostaré. Ahora estoy mejor. En un ratito acabo.

María le echó al cuello los bracitos blancos, desnudos, se incorporó en el lecho y le besó la boca apasionadamente, sin decir palabra. El volvió al trabajo, y dos lágrimas—¿de qué? ¿de ira, de angustia, de compasión, de desconsuelo?—le rodaron por las mejillas apenas inclinó la frente sobre el papel. Un leve ruido lo distrajo. Volvió la cabeza y vió a su mujer vistiéndose de prisa, con los ojos enrojecidos de sueño.

—¿Qué haces?

—¿No ves? Me estoy levantando para acompañarte. Haré té, y verás qué presto concluimos.

—¡Qué locura! ¡Acuéstate! Te vas a resfriar...

Ya vestida, se acercó sonriendo, besólo de nuevo en la frente, de la que había desaparecido la arruga fatal de la desesperación, y se puso a hacer el té...

El siguió trabajando, trabajando casi con entusiasmo, y cuando María le llevó la taza del hirviente brebajo, pasóle el brazo izquierdo por la cintura, la oprimió sobre su corazón, y continuó escribiendo con un velo tibio en los ojos, y hasta le pareció que tenía claro el cerebro, la mano firme, ancho el pecho, y que allá en su interior vibraba no sé qué divina canción que le infundía fuerzas y esperanzas, regocijadas esperanzas...

Y así estaban los dos, todavía, cuando la gran ciudad, indiferente a todos los padecimientos, a todas las luchas, a todas las miserias, a todos los dramas que no sean ficción, comenzó a despertarse envuelta en su manto de neblina y en la claridad lechosa y azulada de las mañanas de invierno...

Roberto J. PAYRÓ.

INCONVENIENTES IMPREVISTOS



Si nuestros amigos nos devolviesen en un mismo día todos los libros que les hemos prestado.

Cómo nació el aeroplano

Desde las épocas más remotas, el hombre ha mirado siempre con envidia a las aves surcar el espacio, anhelando poder emprender con ellas un vuelo rápido y seguro, y explorar los amplios confines de las regiones etéreas.

Este mismo anhelo llenaba el corazón de los hermanos norteamericanos Wilbur y Orville Wright, durante los risueños días de su feliz infancia.

Con el transcurso de los años, la necesidad de ganarse el sustento les obligó a establecer un taller para la reparación de bicicletas, encargándose ellos mismos de hacer todos los trabajos.

Por muy ocupados que sus negocios les tenían, nunca, sin embargo, renunciaron a la idea de llegar a volar algún día. Se hicieron de todos los libros escritos hasta aquella fecha sobre el particular, y se dedicaron intensa y tenazmente al estudio del mismo, aprovechando las horas que tenían libres al mediodía y por las noches.

Después, con las ganancias obtenidas en sus modestos talleres, compraron el material necesario, y, con sus propias manos, construyeron un aparato volador, transportándolo, una vez terminado, a Kitty Hawk, estado de North Carolina, en el mes de octubre de 1900, en donde llevaron a cabo su primera tentativa de lanzarse al espacio.

Este primer aparato fué construído para que volara lo mismo que una cometa, cuando la brisa no llevara más de quince a veinte millas de velocidad por hora. Los primeros experimentos fracasaron.

Más tarde construyeron otro volador, con planos de casi el doble del área del primero, sin que tampoco esta vez los resultados obtenidos fueran satisfactorios. Este segundo experimento, no obstante, dió lugar a que los dos hermanos hicieran un descubrimiento importante. Habían venido trabajando adaptándose a una tabla de presiones atmosféricas compilada hacía varios años por científicos eminentes, y que, por lo tanto, estaba considerada como buena y digna de confianza.

Los hermanos Wright, por medio de experimentos prácticos, se convencieron, sin embargo, de que dicha tabla estaba llena de incorrecciones, por lo que tuvieron al fin que arrinconarla.

Volvieron de nuevo a Dayton, a fin de ganar más dinero para poder llevar adelante sus experimentos. Construyeron un túnel para vientos, teniendo que hacer miles de mediciones y cálculos en modelos hechos ex profeso. Con una paciencia sin límites, dedicaron meses enteros a esta índole de estudios experimentales.

Los resultados que obtuvieron fueron sorprendentes, pues comprobaron el hecho de que las tablas que ellos habían considerado autorizadas y exactas, alcanzaban a veces errores de un 200 o un 300 por ciento. Esta información obtenida por los hermanos Wright después de largos meses de árduos esfuerzos, fué la primera piedra de los cimientos en que hoy está basada la aeronáutica moderna.

Ajustándose a sus nuevas tablas, construyeron un volador nuevo, lo transportaron a Kitty Hawk en 1902, y lo sometieron a nuevos experimentos.

Uno de los hermanos, acostado boca abajo en el centro del plano inferior, y sujetando el timón con las manos, se lanzaba al espacio desde la cumbre de una colina, deslizándose suavemente en el aire hasta tocar tierra.

Estos planeos se verificaban invariablemente contra la dirección del viento, y por medio de ellos se convencieron los dos hermanos de que la dificultad no estaba en arrostrar las corrientes atmosféricas, sino en mantener el aparato en equilibrio.

También hicieron otros nuevos descubrimientos, contrarios a principios sentados y admitidos hasta aquella fecha. Notaron que cuando una de las alas no guardaba perfecta simetría con la del lado opuesto, los resultados a veces eran todo lo contrario a los obtenidos cuando se le hacía volar al aparato sin pasajero alguno, lo mismo que si fuera una cometa.

A fin de obviar esta dificultad y conseguir mayor estabilidad en el aparato, se le añadieron a éste timones movibles.

Los hermanos volvieron a pasar meses enteros realizando nuevos experimentos, encontrando más y más dificultades, y trabajando lo indecible para irlas gradualmente venciendo.

Mr. Orville Wright se expresó en estos términos recientemente, hablando de las dificultades con que en aquella época tuvo que luchar: "Durante los meses de septiembre y octubre de 1902, hicimos cerca de mil planeos, recorriendo en algunos de ellos distancias de más de 600 pies. Varios de estos vuelos, verificados en dirección contraria a un viento de treinta y seis millas de velocidad por hora, nos demostraron que al fin habíamos dado con el secreto de la dirección correcta de los aeroplanos."

Se construyó otro aparato volador, basado en los nuevos descubrimientos hechos, acerca del cual también habló Mr. Wright en esta forma: "Hicimos una serie de vuelos con esta máquina durante el otoño de 1903, manteniéndonos en el aire por espacio de más de un minuto. Muy a menudo sucedía que el aparato se quedaba fijo en un punto determinado por un intervalo considerable de tiempo, y sin descender en lo más mínimo."

Animaron de tal forma a los dos hermanos estos últimos éxitos obtenidos con sus experimentos, que decidieron construir un nuevo aparato provisto de motor. Para ésto se necesitaba el peso adicional de un motor de gasolina, nuevo problema que se les vino a presentar, y que urgía resolver.

También era necesario e indispensable idear una hélice para la propulsión de la aeronave.

"Cuanto más estudiábamos el asunto,—decía Mr. Wright,—más difícil se nos presentaba. Con la máquina marchando hacia adelante, el aire en dirección contraria, las hélices con su movimiento lateral, y todo, en una palabra, sin estarse quieto un solo instante, la cuestión se nos presentaba en un todo diferente a la que hasta entonces habíamos venido estudiando."

Después de algunos meses, construyeron un pequeño motor de doce caballos de fuerza, que facturaron para el estado de North Carolina.

La primera tentativa para verificar un vuelo real, tuvo lugar el 17 de diciembre de 1903, durando el mismo doce segundos justos, y obteniendo resultados satisfactorios. Este fué el primer caso en la historia del mundo en que una máquina más pesada que el aire, se elevara en el espacio por sí misma, y volara por impulso propio.

Así nació el aeroplano, y vino el éxito más grandioso a coronar los esfuerzos de los hermanos Wright.

En el cuarto vuelo, que duró cincuenta y nueve segundos, el aparato recorrió 852 pies, distancia que fué medida en el terreno sobre el que se verificó el experimento. El viento iba en dirección contraria al aparato, a una velocidad de veinte millas por hora. Teniendo esto en cuenta, puede decirse que la distancia recorrida por el aparato en su vuelo equivalió a media milla.

Los hermanos Wright regresaron a Dayton en la primavera de 1904, consiguiendo un privilegio para el uso de una planicie situada a ocho millas al Este de la ciudad, y en la que proyectaban continuar sus trabajos experimentales.

Se construyeron otros aparatos y se hicieron muchos vuelos, hasta conseguir que la dirección y estabilidad de los aeroplanos fuera un hecho.

Los rosados sueños de la juventud de los hermanos Wright llegaron a verse realizados. Habían conquistado el aire, y el arte de la aviación dejaba de ser una utopía.

DE LOS TIEMPOS HEROICOS

LA PRIMERA BATALLA CAMPAL EN EL PLATA — EN EL ANIVERSARIO

I

Fué en el territorio de la actual República Oriental del Uruguay—entonces provincia Argentina—que tuvo lugar, entre "patriotas" y "realistas", al mando respectivamente de Artigas y Posada, la primera batalla terrestre y la más resonante, sin duda, que se librara en 1811 por la libertad rioplatense, y, por extensión, del continente austral americano.

II

Facultado Artigas que, desde que estallara la "Revolución de Mayo", abandonando las banderas de España, bajo las cuales servía en clase de oficial en el batallón de "Blandengues", coadyuvara con otros denodados patriotas en pro de la realización de sus ideales, para ponerse al frente de todas las milicias que pudiese reunir en el territorio de la Banda Oriental, el 9 de abril de 1811, seguido de la compañía del famoso regimiento de "Patricios" que, con tal motivo, le enviara el gobierno de Buenos Aires, desembarcaba en la costa de la Colonia, cerca de la "Calera de las Huérfanas", donde aguardábanle casi todos los caudillos levantados en armas para aclamarle, como lo hicieron, "Primer jefe de los Orientales", y a mediados del mes de mayo, contando ya con un millar de hombres y dos piezas de artillería, con tales elementos, resolvió emprender su marcha contra los realistas fortificados en "Las Piedras", dando así comienzo a su gloriosa campaña por la libertad de la patria.

El ejército español, al mando del capitán de fragata don José Posada, se componía, por su parte, de mil doscientos treinta hombres, todos disciplinados y muy aguerridos, y contaba con seis cañones y dos obuses. De manera, pues, que las fuerzas realistas eran muy superiores a las de los independientes, no sólo por su número, sino también por su calidad y armamento.

Los patriotas, excepto los "Patricios", eran todos gente bisoña y mal armada; las milicias de caballería no tenían más armas que el lazo, las boleadoras, y las lanzas criollas, hechas, casi todas, con hojas de tijeras de esquilar o de cuchillos, atadas en fuertes cañas tacuaras.

Sin embargo, el legendario caudillo uruguayo no se intimidó. Y el 18 de mayo se trababa la batalla en las inmediaciones de "Las Piedras".

Las escaramuzas principiaron en las primeras horas de la mañana, y el combate duró hasta la puesta del sol. Por ambas partes se peleó con valor y decisión. La infantería española, colocada en muy buena posición, se sostuvo con firmeza y hasta llegó a formar cuadro... Pero los milicianos orientales, llevándoles el ataque hasta sus mismas líneas, les obligaron a ceder y a replegarse hacia el pueblo. Entonces intervino la caballería gaucha, atacando por el flanco y por la retaguardia con sus formidables lanzas, con tal bizarría y empuje, que compelieron a los realistas a rendirse a discreción, probando con ello, una vez más, que no importa el número, ni la calidad del adversario, cuando se lucha con valor y por la patria.

Hasta los distinguidos sacerdotes doctores Valentín Gómez y Santiago Figueredo, que seguían al ejército libertador en calidad de capellanes del comandante en jefe, arrastrados por el ardor del combate y por la santidad de la causa que defendían, arrojaron el breviario, y, esgrimiendo la espada, pelearon a la par de los más bravos soldados. Esta conducta les mereció ser citados, especialmente, en el parte que, de la gloriosa jornada, elevó Artigas al gobierno de las Provincias Unidas.

III

Tal, esquemáticamente narrada, la inolvidable acción del 18 de mayo de 1811, en "Las Piedras", primera batalla campal librada entre "criollos" y "peninsulares", en el Río de la Plata, y que—como ya lo ha dicho un historiógrafo—abrió los horizontes y franqueó el camino por donde había de lanzarse, incontenible, la revolución Americana, a la sublime conquista de la independencia y libertad de todo un mundo.

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.



¿Durará la armonía?
(De "Mathew Adams Service".)

Extravagancias de compositores

Escuchando las inmortales sinfonías y sonatas de Beethoven es difícil imaginarse que las haya compuesto un hombre tan excéntrico como lo era aquel gran músico.

Beethoven componía música comiendo, andando o hablando con un amigo. Muchas veces, se detenía en medio de la calle y se ponía a escribir frenéticamente durante unos minutos en el reverso de una carta o en un sobre, sin fijarse en nadie. Algunos de sus temas más célebres los compuso andando y calado por la lluvia, porque cuanto peor tiempo hacía, más le gustaba andar por las calles de Viena. A veces, después de estar tocando varias horas seguidas, para refrescarse las manos, que se le ponían febriles, cogía un jarro y empezaba a pasearse por la habitación echándose agua en una mano y en otra sin fijarse en que ponía el suelo hecho un charco.

A Mozart no se le puede llamar excéntrico en el mismo sentido que a Beethoven, pero de él es uno de los documentos más extraños que se han escrito en el mundo.

Siendo novio de una joven, firmó a instancias de su futura suegra y ante notario, una escritura comprometiéndose a casarse en el término de tres años con una de las tres hijas que tenía esta señora. La hija que eligiese el músico quedaba en libertad de no concederle su mano si estaba enamorada de otro; pero Mozart no podía volverse atrás, y si no quería casarse o le daba calabazas la pretendida, quedaba obligado a mantenerla durante toda la vida sin intervenir en su manera de vivir ni el lugar que escogiera como residencia.

El importe de la pensión, previamente estipulado, había de ser abonado por trimestres o semestres.

Tampoco estaba Wagner exento de rarezas. En el jardín que tenía a espaldas de su casa, mandó construir su sepultura y muchas veces iba a contemplarla. Hallándose comiendo con amigos interrumpía de pronto la conversación y empezaba a declamar sobre la eternidad y la tumba. "Amigos míos—decía—estamos muertos en medio de la vida. La muerte es una deuda que todos tenemos que pagar. Yo también debo morir. Deseo enseñarles mi sepultura, si ustedes me lo permiten".

Hacía que se interrumpiera la comida para ir con los amigos a ver la tumba.

Meyerbeer, buscaba la inspiración en el retumbar del trueno, en el resplandor del relámpago y en el ruido de la lluvia. Para hallarse más cerca de estos estimulantes, había mandado construir en la azotea de su casa un aposento con las paredes de cristal y a él se encaminaba apresuradamente en cuanto amenazaba tormenta, y de la furia de ésta sacaba pensamientos musicales.

De todos los músicos famosos, ninguno fué tan perezoso como Rossini. Rara vez se levantaba antes del mediodía, y muchas veces, si al despertarse hacía mal tiempo o no se sentía inspirado daba media vuelta, mandando al criado que le llamase al día siguiente, y se dormía profundamente otras veinticuatro horas.

Casi todo lo escribía en la cama, para lo cual, dejaba siempre a su alcance papel pautado y lápiz.

Cuéntase que después de haber escrito parte de un hermoso dúo para una ópera, se cayó al suelo el papel y el viento lo arrastró y lo puso fuera de su alcance; pero le dió tanta pereza, que por no desarreglar y volver a arreglar las ropas de la cama, se puso tranquilamente a escribir otra melodía, no acordándose de la primera.

Por esta causa la ópera "Il Turco in Italia" tiene dos dúos para una misma situación, y los artistas pueden escoger el que más le guste de ambos.

La libertad enjaulada

Todo el mundo sabe que en la entrada del puerto de Nueva York se alza la colosal estatua de bronce de la Libertad, hecha por Bartholdi, que regaló Francia a los Estados Unidos.

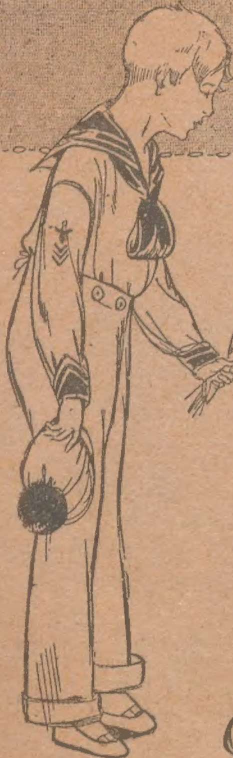
Dicha estatua, con su faro, tiene preciosas cualidades estéticas y hasta utilitarias; pero como todo lo humano, no carece tampoco de inconvenientes. Desde que se erigió ha sido funesta para las aves, que van a estrellarse contra los cristales del faro atraídas por la luz del reflector, y ahora se ha descubierto que impide el funcionamiento normal de la telegrafía sin hilos. Resulta completamente imposible expedir un despacho en los alrededores de la gran ciudad, porque la estatua, haciendo las veces de un receptor colosal, detiene las ondas hertzianas.

Dícese que va a ser necesario rodearla de una red metálica impenetrable a los efluvios, lo cual, por singular ironía de las cosas, equivaldría a meter la libertad en una jaula.



Notas femeninas

MODAS INFANTILES







Con los primeros fríos que hemos tenido hace unos cuantos días, las modistas y grandes tiendas de moda nos han hecho admirar un sin fin de modelos para niñas grandes y chicas, a cual más elegantes unos y otros. Tengo que añadir que también han influído las proximidades de las fiestas patrias, sin contar los casamientos, fiestas infantiles, etc., etc., que abundan en la presente estación. Todo esto es suficiente para que nuestras modistas rivalicen entre sí con ingeniosidad, elegancia y chic, para presentarnos creaciones cuyo conjunto refinado y precioso nos hace apreciar en su justo valor sus encantos sin igual.

Bien convencidas estáis, queridas lectoras, de que la moda infantil no es nada más que el reflejo de la nuestra, por lo que gozamos viendo a nuestras niñas vestidas, como si fueran preciosas muñecas, con nuestros mismos modelos.

Encabezando nuestra crónica de hoy se ve un delicioso traje para varoncito, de hechura marinero, en dialga blanca. El cuello y puños son del mismo género, pero en tono azul marino, adornados con trencillas blancas de fina lana. La corbata puede ser hecha en seda roja, blanca o azul. Los botones que prenden el largo pantalón, encima de la blusa, son bastante grandes y de nácar. El gorro es blanco y azul, como un pompón de seda roja o del mismo tono de la corbata.

Encantadora es la pequeña toilette para niña, que hace bis al marinerito. Es de crêpe color rosa, sumamente pálido y va adornada con unos "ganses" que forman el cuerpo. El bajo de la faldita, va adornado con unos paisajes reunidos entre sí, a igual distancia, por unos moños de taffetas negro.



Como gran actualidad para los varones, sólo oigo decir que el traje de marinero americano es de rigurosa moda, tal como éste que he visto últimamente. Era en sarga azul obscuro, con botones de nácar y de un corte muy neto, rígido, con una boina igual, tal como si fuera un plato. Haciéndole "pendant", vi un traje de sarga blanca, para niña. El cuello, los puños y las mangas, estaban adornados con pespuntes rojos, la corbata en seda negra, la blusa larga y suelta sobre una falda plegada y el sombrero blanco.

Viendo estos dos modelos, ponderados hasta más no poder por la vendedora, como moda americana, no pude menos de hacerla presente que bastantes años atrás yo había llevado semejantes toilettes, por no decir que iguales, y que eran bien francesas...

En fin, no insistiré más sobre lo voluble que es la moda desfigurando hasta sus orígenes.

Algunas veces las mamás se encuentran confusas para combinar los peinados de sus niñas, sobre todo cuando se trata de elegir el que favorecerá con mayor ventaja al juvenil rostro siempre agraciado por sí. Es, algunas veces, bastante difícil; convengo en ello y por eso os ofrezco, queridas mamás, estos dos modelos que veréis a la cabecera de esta página y que podrán daros, creo, algunas ideas y ayudaros en esta tarea artística.

Abajo, en el centro, tenéis una original "parure" en lana blanca "gratté", componiéndose del manchón, revés, boina con un fondo de terciopelo color topo drapeado y terminando por una borla. La combinación de este blanco y topo, es de lo más lindo que yo conozco.

Los dos modelos de sombreros para niña, son sencillos y bonitos, siendo el uno un fieltro flexible en color blanco, con una corbata de cinta de faya color mordoré. El otro modelo, es una "capeline" en peluche azul viejo, con un fleco de seda encima del ala.

El grupo de la izquierda se compone de un vestido sastre y de un abrigo, siendo el primero en lana color verdegris, adornado con bandas de piel y de unos bordados de lana gris. Esta piel imita la pluma y se encuentra otra vez en el sombrero que está hecho con el mismo género que el traje.

El pequeño abrigo es de paño, color rojo ladrillo, con bandas de astracán gris y con botones de acero bruñido.

Original es el modelo del segundo grupo, que es para niña ya algo crecida. Se compone de un "fourreau" azul y de una larga túnica color "beige" clarito, adornada con trencillas anchas de seda, en tono azul obscuro.

Del cuello (monje) sale una especie de corbata, hecha con una angosta cinta de terciopelo negro. El traje de la niñita, es en "gabardine" color arena, con un ancho bordado de lana en color índigo, a la altura de la cintura, delante del escote y encima de las mangas.

A. DE DAUMONT.



Recetas útiles

Sabido es que cuando se lavan con jabón las prendas de franela, se vuelve ésta amarillenta después de seca, y para evitar este inconveniente que desluce la prenda, se ha de lavar primero en agua clara y después en una mezcla de agua y harina desleída en proporción de una cucharada de harina por cada litro de agua. Esto hace en la franela el mismo efecto, pero mucho más rápido, que si se frotara con miga de pan. Por último, se enjuaga la prenda en agua clara. Igual procedimiento puede emplearse para lavar las prendas de lana. Cuando, como por ejemplo en las tintorerías, hay que lavar muchas prendas de lana, puede emplearse uno de los dos procedimientos siguientes:

1.° Se confecciona una lejía caliente de jabón blanco y goma arábiga que tenga consistencia siruposa. Se lavan las prendas en este baño, se enjuagan en agua clara y después, en una caja cerrada, se exponen a los vapores del ácido sulfuroso producido por la combustión de azufre.

2.° Se mezcla una cucharada de bórax con medio litro de agua y se vierte luego una porción en agua caliente. En esta solución se lava la franela y después se enjuaga en agua caliente con sal común. Por último se pone a secar en un paraje muy ventilado.